

Biografías Literarias

# Manuel Rojas

vida y obra

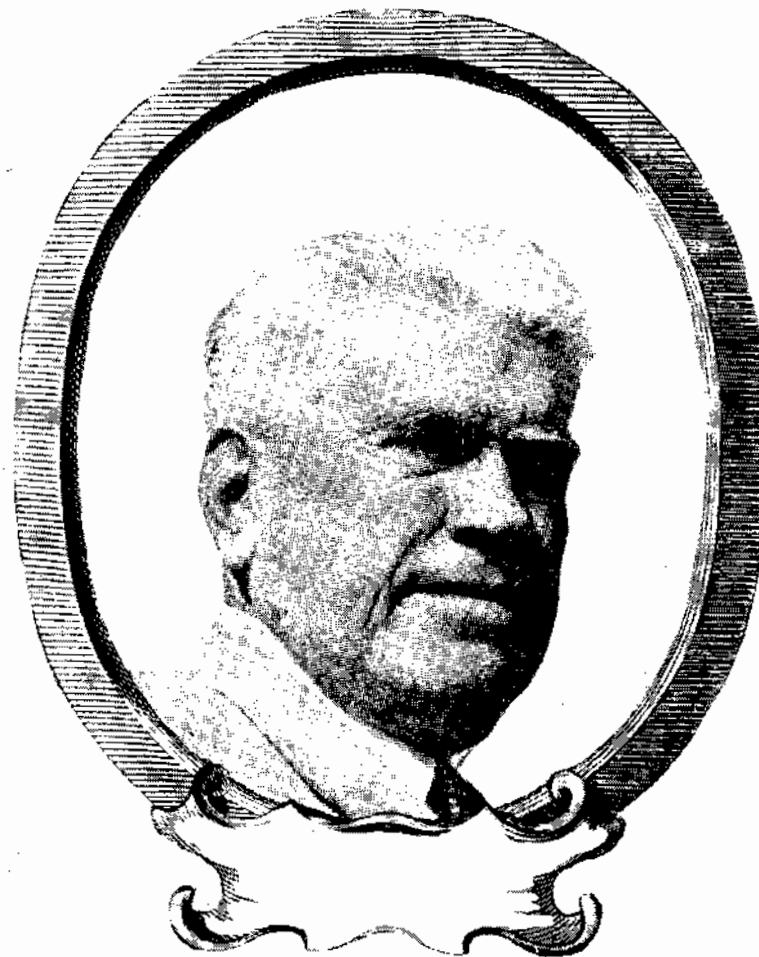


Editorial Lord Cochrane S.A.

Biografías Literarias

# Manuel Rojas

Por Maximino Fernández Fraile



Editorial Lord Cochrane S.A.

## VIDA Y OBRA, DUALIDAD INSEPARABLE

Los porfiados hechos terminan casi siempre imponiéndose. Y en literatura —ese árbol siempre verde, como decía Flaubert, expresión que Manuel Rojas puso de título a uno de sus libros— naturalmente, ocurre lo mismo.

Por eso, a pesar de que los adeptos a algunos métodos de análisis literario han insistido estas últimas décadas en la necesidad de centrarse radicalmente en la obra misma, prescindiendo, al menos en un primer paso, de aproximaciones genéticas o causalistas —autor y circunstancias—, hay creaciones que exigen, simultáneamente, y tal vez en mayor medida, enfoques extrínsecos, en los que las vivencias del escritor importan poderosamente.

Las obras de Manuel Rojas —esos porfiados y hermosos hechos literarios— son, precisamente, el mejor ejemplo de conjunción entre ficción artística y vida real. Sin Manuel Rojas de carne y hueso, sin sus dichas y desdichas, sin sus andanzas, esperanzas y frustraciones, sin su biografía, en fin no podrían comprenderse sus poemas, sus cuentos, sus novelas, sus ensayos, sus crónicas. Y sin ellos, sin su obra, Manuel Rojas sería un ser incompleto: le faltaría algo, algo importante.

Vida y obra, pues, amalgamadas, fundidas, inseparables.

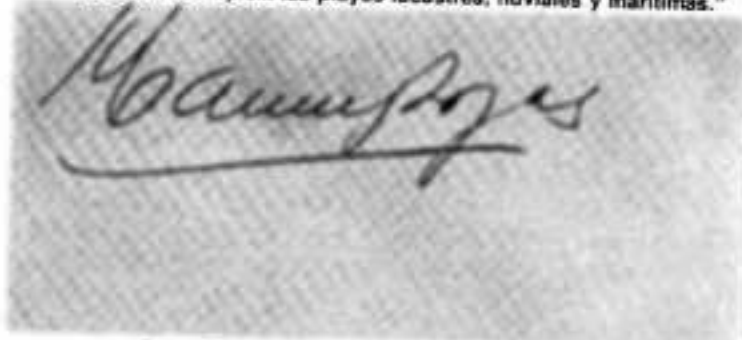
*"...He llegado, en día de temporal y después de tres horas de trepar cerros, a las márgenes de la laguna Rubilla, cubierta siempre de una capa de hielo de dos metros de espesor; he vagado, durante los ardientes días de un mes de febrero, por las orillas de la laguna Vichuquén, rodeada de una soledad llena de cisnes de cuello negro y de quejumbrosas taguas (conoci allí al runrún, que hace con sus alas, al descender, el rumor a que debe su nombre, y admiré al "trabajador", infatigable y alado proletario); he resistido, lleno de inquietud y durante las horas del crepúsculo, la vida de un bosque precordillerano: el rumor de los ñires, el gemido del puelche, el grito del chucao, que canta como un sapo y gruñe como un cerdo, y el del carpintero negro, que cacarea como gallina y que trabaja, como el pitigüe, con aire comprimido; el olor de la ñipa me detiene en las calles de mi barrio, me parece llevar*



Dirección de Publicaciones: Nicolás Velasco del Campo.  
Diagramación: Guillermo Abarca Girard.  
Representante Legal: Carlos Rudloff Mackenzie.  
Impreso y Editado por Editorial Lord Cochrane S.A.  
Providencia 711, Santiago de Chile  
© Derechos Reservados.



"He recorrido a pie... las playas lacustres, fluviales y marítimas."



Letra firme y segura de la firma del escritor.

siempre en las manos el aroma de los peumos, y el canto de un pájaro desconocido me sobrecoge tanto como un pensamiento inesperado; he recorrido a pie, durante días y semanas, los caminos del norte y del sur, los senderos cordilleranos y las playas lacustres, fluviales y marítimas; he dormido en ranchos de pescadores, en campamentos mineros abandonados, en conventillos de Santiago y de Valparaíso, en albergues y comisarías, en vagones de carga, bajo rocas y árboles y a cielo descubierto, soportando la lluvia y el granizo; tres veces he estado en peligro de morir entre la nieve; he cuidado faluchos en Valparaíso y corrido temporales de otoño en Cabo Raper. ¿Qué más? No hablemos de lo demás. He recibido de todo, de lo que hablo y de lo que no hablo, un sabor, un olor, un tono, un sentido de la cualidad de la vida que no podría ni querría cambiar por nada, ni por la juventud, ni por la fortuna ni por la gloria..." (1).

Así fue la vida —"bella inutilidad de nacer y de vivir", diría en uno de sus poemas— de Manuel Rojas: plena, intensa, "rica en toda suerte de contrastes y de dolorosas alternativas" (2).

A pesar de la complejidad apasionante de su biografía, no es difícil hoy revisar esos setenta y siete años, pues el propio Rojas, además de incluir a menudo jirones enteros de ellos —en especial de los de la niñez y juventud— en sus obras de ficción, se preocupó también de contarlos en ensayos como "Imágenes de infancia", "Algo sobre mi experiencia literaria" y "Antología autobiográfica"; y crónicas como "Pasé por México un día" y "A pie por Chile". Ya en 1932, cuando junto a "Lanchas en la bahía" publicó "Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo", que con posterioridad ampliaría bajo el nombre de "Imágenes de infancia", Rojas expresaba: "Estas líneas no tienen sino un objeto: fijar fuera de mí, antes de que el tiempo los desvanezca definitivamente y de modo que perduren más que mí mismo, los recuerdos de una época de mi vida..." (3).

Y junto a esta información de primera mano, hay también la

(1) ROJAS, Manuel, "Chile, país vivido", en *Autoretrato de Chile*, de Nicomedes Guzmán, Zig-Zag, Santiago, 1957, p. 155-156.

(2) SILVA C., Raúl, *Panorama literario de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1961, p. 291.

(3) Zig-Zag, Santiago, 1932, p. 103.

que han proporcionado trabajos de investigadores y amigos del escritor, entre los que sobresale el capítulo que le dedicó José Santos González Vera en "Algunos" (4).

## EL NIÑO INQUIETO

El propio Rojas ha expresado, al comienzo de "Hijo de ladrón", que la vida no es algo simple y lineal: "Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor; salta de un hecho a otro y toma a veces los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada" (5).

A pesar de ello, aunque comprendemos que su apreciación es correcta, para poder observar ordenadamente, como observadores interesados, "esa condición suya como de hombre trashumante, furtivo, tal vez disconforme" como diría él mismo en "Mejor que el vino", debemos hacerlo cronológicamente, comenzando, por supuesto, por el principio.

El propio Manuel Rojas, al comenzar su "Antología autobiográfica", expresa: "Nací en Buenos Aires, Argentina, el 8 de enero de 1896, hijo de Manuel Rojas Córdoba, santiaguino, y de Dorotea Sepúlveda González, talquina" (6). Y él mismo cuida de aclarar, inmediatamente, aunque en otra publicación, que el hecho de haber visto la luz en la capital argentina, exactamente en la calle Combate de los Pozos 1678, no le quita su calidad de "hijo de chilenos y chileno por derecho propio" (7).

(4) Nascimento, Santiago, 1959, pp. 175 - 205.

(5) En Obras escogidas de Manuel Rojas, Zig - Zag, Santiago, 1969, tomo I, p. 379.

(6) Ercilla, Santiago, 1962, p. 9.

(7) Rojas, Manuel, Historia breve de la literatura chilena, Zig-Zag, Santiago, 1964, p. 87. El propio Rojas dio mayores antecedentes sobre el particular en su artículo "Nacionalidad", publicado en un diario de Santiago, 11 de enero de 1972, p. 5.

Naturalmente, nada recuerda de los primeros años de vida. Sólo sabe que sus padrinos fueron una pareja de italianos que compartía la casa con sus padres; y que un día cualquiera, en 1899, éstos, "que eran un poco vagabundos, como yo lo he sido", decidieron regresar a Chile. El cruce de la cordillera no era fácil: se viajaba en coche de Mendoza a Puente del Inca, y desde allí se seguía a lomos de mula hasta Juncal, para bajar en otro carruaje hasta la estación de Los Andes. Con razón el alma de Rojas mantiene una imagen "en que me siento más que me veo, tomado de la cabecera de la montura de un macho espantado que corre conmigo por entre muros de nieve".

En Santiago, los padres instalaron un pequeño almacén "en la esquina nordeste de las calles Coquimbo y Nataniel". El niño Manuel jugaba con las bolitas de vidrio que sus padres vendían; pero su interés mayor estaba en la calle, en el barrio y, especialmente, en los hombres que allí vivían o que por allí pasaban. Los observaba atentamente, seguía sus andanzas. Se empapaba de ellos. Tal vez aquello haya sido el inicio de la enorme capacidad que, con el tiempo, tendría Manuel Rojas escritor para "ejercer el poderoso oficio de construir seres de asombrosa humanidad chilena" (8).

Conoció todo un mostrario humano: un indio fueguino que dormía en el cuartel cercano, borrachos que deambulaban por el sector, el manco Santos Yegua, salteador, según lo que se rumoreaba; jugadores —"No era raro ver pasar en las mañanas, muy sentados dentro de un coche, a individuos que nollevaban encima más ropa que los calzoncillos y la camisa: habían perdido su dinero en el juego y después del dinero habían jugado y perdido el traje, los zapatos y el sombrero" (9)—, el Cojo Candia y otros, todo un "mundo de subhombres, ladrones de ínfima categoría, mendigos, jugadores, borrachos y bandidos".

La precaria situación económica de la familia obligaba a sus padres a cambiara menudo de domicilio. Vivieron en Nataniel Cox, a dos o tres cuadras de Alameda, y luego en Ñuble con Santa

(8) Guzmán, Nicomedes, Autorretrato de Chile, Op. cit., p. 155.

(9) Esta cita y todas las que siguen corresponde a "Imágenes de infancia", en Obras escogidas..., Op. cit., tomo I, pp. 329-377.



Arriba: En 1899 llegó con sus padres a Santiago.  
Abajo: El Santiago que conoció el niño Manuel Rojas.



Rosa, donde terminaba la ciudad y comenzaban vastos potreros: "Paseábamos por allí durante horas; encontrábamos ridos, culebras y pájaros y en una ocasión hallamos todo un servicio de mesa escondido entre las malezas".

En los recuerdos del niño, aparece allí otro familiar: "Cerca vivía mi abuela materna, señora a quien vi en dos o tres ocasiones y que por ese entonces tenía ya cerca de un siglo de vida. Murió unos años después, estando nosotros en la Argentina, a la edad de ciento tres años".

Junto con aparecer un familiar, desaparece otro: su padre. "No tengo de mi padre sino dos recuerdos, dos imágenes: en una me veo paseando con él sobre alguna parte del puerto de la ciudad de Rosario; en la otra lo veo tendido sobre una camilla, cubierto por una sábana de hospital y muerto. Lo encontramos con mi madre cuando lo llevaban al depósito de cadáveres. Era un hombre delgado y moreno, de estatura más bien baja, bigote y cabello ondeado, todo muy negro. Hombre alegre —mi madre decía que estar a su lado era como estar junto a una guitarra—, tomó afición a las bebidas espirituosas y contrajo una nefritis."

La madre decide volver a Argentina, Buenos Aires. El niño Manuel tendrá allí una infancia llena de asombro por los seres y las cosas —como toda infancia—, pero llena también de enfrentamientos con la vida: la necesidad le impone vivencias que lo obligan a madurar prematuramente.

"Nos fuimos a vivir a la calle Colombres, entre las de Independencia y Estados Unidos. Es en esa cuadra en donde está mi verdadera infancia: en sus aceras, en su calzada, en sus dos esquinas con Independencia, que conocí como a mi madre y que guardo en mi cerebro como un negativo que se puede revelar en cualquier momento."

Llega la época del colegio. Pasa por muchos. Primero en la calle del Pozo, luego en la de Castro, después el Colegio Campero. Y varios más. Recuerdos buenos y malos. Los juegos, los castigos, los Directores, los profesores: "El maestro... era hombre bondadoso. Su presencia animaba; parecía, más que un educador, un amigo. Bajo su influencia, en los días que siguieron a su aparición, me entusiasmé hasta el punto de pasar a ocupar uno de los primeros puestos; después, desvanecida la novedad, volví de

nuevo a los últimos.”

Ya en ese tiempo se advierte la imaginación fabuladora que después produciría algunas de las mejores novelas que se hayan escrito en Chile: “Estábamos en el patio, en clase de composición oral, y asistían los padres y madres de los alumnos. Nos dieron una palabra para construir una oración:

—Palabra: corazón. A ver, usted...

Preguntó a varios niños; respondían frases sin sentido o de débil expresión. Al dirigirse a mí, respondí sin pestañear:

*—Yo guardo en mi corazón las últimas palabras que dijo mi padre al morir.*

Yo no había visto morir a mi padre; sin embargo, el éxito fue inmenso. Todos me felicitaron y al día siguiente aparecí citado en las composiciones que mis condiscípulos hicieron sobre aquella clase. Me alababan. Yo me cité también en la mía y entonces mi madre me llamó vanidoso y, además, mentiroso”.

Los cambios de casa y de barrio —Caballito, Flores, Las Ranas—, y luego de ciudad —Rosario, a orillas del Paraná—, trajeron también otro cambio: el niño comenzó a trabajar para ayudar a su madre: “Sobrevino una crisis económica y me vi en la necesidad de buscar alguna ocupación: estuve una semana en una sastrería, en donde aprendí a pegar botones; luego otra semana o dos en casa de una señora gorda y fofa que tenía algo así como un consultorio para adelgazar y endurecer las carnes; debía atender la puerta y barrer lo que fuese necesario. Luego, no sé cómo ni por intermedio de quién, me convertí en empleado de la empresa de mensajeros “La Capital”, con uniforme y todo”. Y después un taller de talabartería, donde otro aprendiz lo hirió en la pierna con un cuchillo.

Mientras, leía lo que podía: “Devastaciones de los piratas”, de Salgari, comprado luego de juntar centavo a centavo los cuarenta que costaba. Después, “Los naufragos del Liguria”. Y más tarde muchos folletines que le prestaba una señora que compartía con ellos parte de la casa.

Llegó entonces, cuando Manuel tenía cerca de catorce años, el fin de la infancia, “no por exigencias de la edad sino por imposición de la vida. Mi madre dijo que tal vez era necesario que yo empezara a trabajar; sus asuntos no andaban bien y se sentía cansada. Ya no podría estudiar más. No me asustaba trabajar,

pero ¿de qué? ¿Otra vez de mensajero? Podía aprender un oficio. Puede el que cree que puede”.

Intentó ser carpintero, pero una cola quemada le valió ser despedido. Consiguió más tarde un puesto en el taller del Ferrocarril Central Argentino.

En 1910, luego de haber visto en el cielo la estela del cometa Halley, Manuel Rojas decidió partir. “Me iba de Rosario. Empezaba mi adolescencia, una adolescencia mucho más dura que mi infancia; durante ésta, si bien sufrí de todo un poco, desde hambre hasta soledad, pude contar con mi madre y ella pudo contar conmigo. En adelante, y en ocasiones durante meses, estaríamos muchas veces separados. Me despedí de Rosario, en viaje hacia Buenos Aires primero, y hacia Mendoza y hacia muchas partes después. Allí, en las orillas del Paraná, quedaron los últimos días de mi infancia...”

## APRENDIENDO A HOMBRE

La adolescencia de Manuel Rojas es importante: todas sus vivencias, sus múltiples y azarosas vivencias, constituirían más tarde el asunto de sus narraciones, como él mismo ha declarado en “Antología autobiográfica”. Gracias a ello, es ahora posible reconstruir sus andanzas a través de fragmentos completos de sus principales novelas.

“Antes de llegar a Mendoza, desaparecido ya su hogar en Buenos Aires, en tanto atravesaba la pampa, a pie o en tren, según se presentara la oportunidad, trabajó en varias partes, por poco tiempo, como si tuviera prisa en llegar a algún lugar determinado, aquí como ayudante de carpintero, en otras como peón de albañil, parando pies derechos que trababa por medio de alambres retorcidos entre sí, armando acá una bodega o un galpón, puro hierro, un hierro que en la mañana estaba como de nieve y como de fuego a las tres de la tarde. No le importaba qué faena fuese, con tal de que fuese una. Tenía inclinación al trabajo y gozaba en él y procuraba hacerlo siempre del mejor modo posible... Conoció, en sus trabajos, a toda clase de hombres” (10).

(10) ROJAS, Manuel, Mejor que el vino. Op. cit., p. 780.



Arriba: Muerto el padre, Manuel y su madre volvieron a Buenos Aires.  
Abajo: "Allí en las orillas del Paraná, quedaron los últimos días de mi infancia."  
(Se refiere a su estancia en Rosario).



González Vera ha sintetizado lo que su amigo y colega de letras hizo en esa época: "En Mendoza fue aprendiz de pintor. Enseguida, y por unos cuantos meses, ayudante de electricista, pues se preparaba una fiesta con iluminación descomunal.

"Casi a la vez llegaron una compañía de ópera y un circo. Buscáronle de la primera, claro que sin pagarle un centavo, para figurar de bohemio en una obra, y en otra de multitud. En el circo fue policía por su estatura, y un camarada suyo, bajito, le sirvió de par. Se entusiasmó tanto con el arte lírico que salía a repartir programas, como si hacerlo fuese ya un honor.

"De electricista se transformó en acarreador de uva. Seguidamente partió a la cordillera de peón del Transandino. El frío le quemó las manos y el rostro. Al concluirse la faena retomó a Mendoza. Traía un profundo color de bronce" (11).

Muchas de estas experiencias fueron incorporadas por Rojas a sus novelas y cuentos; la vida en la cordillera, en los trabajos del ferrocarril, especialmente, originarían magníficos capítulos de "Hijo de ladrón", el cuento "Laguna" y las "páginas excluidas de Hijo de ladrón", publicadas en Revista "Babel" N° 60.

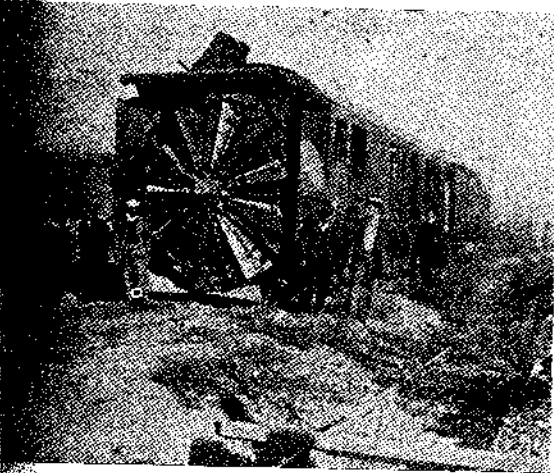
En Mendoza vivió nuevamente con su madre, quien gustaba de contarle historias de bandidos y cuatreros de Talca, algunas de las cuales figurarían en los cuentos del futuro escritor.

Manuel se había convertido en un joven alto, de cabellera densa y negra, espesas cejas y ojos oscuros. Hablaba poco, era apacible y observaba profundamente cuanto lo rodeaba.

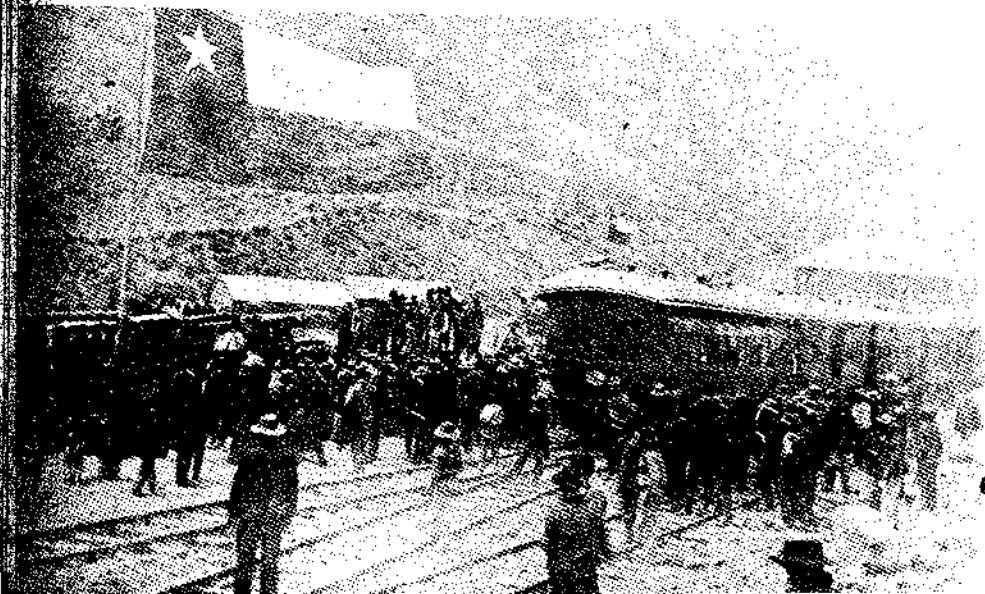
En ese tiempo, Rojas hizo amistad con jóvenes anarquistas. Un tipógrafo, Lauretti, le prestaba libros. "Conoci entonces a Victor Hugo, cuya 'Leyenda de los siglos' lei dos o tres veces; a Vargas Vila, a Eduardo Zamacois y a otros" (12). Leyó sociología, ética e historia. Y leyó bien. González Vera lo afirma: "...leyó de todo, más que otro mortal, ya que hablar no era ni es su debilidad. Nunca discutió puntos doctrinales. Debía hacerlo dentro de sí, pensando hacia el horizonte, los lados y hacia atrás, para completar el razonamiento y rumiar el siguiente. Lo que asimilaba convertíase en

(11) "Manuel Rojas", Algunos, reproducido en Obras escogidas..., Op. cit., tomo II, pp. 1173-1174.

(12) ROJAS, Manuel, Algo sobre mi experiencia literaria, en Obras escogidas..., Op. dt., tomo I, p. 12.



Escenas de la construcción e inauguración del Ferrocarril transandino. Rojas trabajó allí colocando durmientes.



saber durable”.

En 1912, dejando a su madre, Manuel emprende viaje a Chile. Al partir, doña Dorotea le preguntó a qué iba a ese país. “Voy allá a ser presidente de la República, le aseguré en broma”. La verdad era más profunda: sentía la atracción de la tierra allende las montañas, la tierra de sus padres, la tierra que, desde ese momento, sería su tierra.

“Entonces emprendió viaje a Chile. Si no era visto trepaba a un tren. En Guido subió a uno de carga, colándose en el vagón de animales...; sin comer, alerta, sin más desahogo que injuriar a los brutos, que podían acabar con él, fue sorprendido en Zanjón Amarillo y obligado imperiosamente a descender.

“Desde esa helada soledad, él y sus acompañantes, también chilenos, también anarquistas, riéndose a ratos, maldiciendo la suerte, en ayunas y callando el dolor de sus maltratados pies, llegaron a Las Cuevas. Atravesando la cumbre y juntando miles de pasos, bajaron al país angosto. Todavía debieron andar mucho, pero cuando divisaron unos álamos se les anudó la garganta y, sin decir esta boca es mía, rehuyendo mirarse, caminaban y caminaban” (13).

(Rojas entró a Chile el 29 de abril de 1912.)

En Santiago trabajó pintando carruajes. En verano, cambiaba los carruajes por casas de Cartagena y una brocha más ancha. Luego, en 1914, partió a Valparaíso, temeroso de verse involucrado en un incidente que se produjo cerca del conventillo donde vivía con su madre, que había regresado de Mendoza. Era la madrugada del 2 de mayo: “Llegué al Puerto a las dos o tres de la mañana. No conocía la ciudad y, aunque llevaba una dirección, juzgué prudente esperar que amaneciera. Me senté, pues, en una banca de la estación Bellavista. Allí, durante varias horas, oí el rumor del mar. No sabía lo que era, ya que no conocía el mar, y como no había nadie a quién preguntar, me imaginé miles de cosas” (14).

Un conocido, Juan Chamorro, le consiguió trabajo: “Había podido trabajar como pintor, pero el deseo de tener una experiencia marítima era más grande que el temor de caerme al agua o de que me soltaran en la cabeza una carga de carbón o de hierro” (15).

(13) GONZALEZ V., José Santos, “Manuel Rojas”, Op. cit., p. 1174.

(14) y (15) ROJAS, Manuel, Antología autobiográfica, Op. cit., p. 51.

En otro viaje a Valparaíso, Pedro Rojas, policía marítimo que había sido criado por la abuela de Manuel junto a otro chico abandonado, llamado Andrés Maturana, le consiguió trabajo como cuidador nocturno de faluchos. (Andrés Maturana, cuidado durante su niñez por Dorotea, la madre de Manuel, creyó siempre que ella era su madre y Manuel su hermano. Manuel Rojas lo siguió viendo hasta 1921, cuando partió a Argentina. Andrés murió poco después.)

El trabajo de cuidador de faluchos sería relatado posteriormente en la primera novela del escritor: "Lanchas en la bahía": "Poco a poco me acostumbré a las noches del mar, desapareció la intranquilidad de la primera guardia y me atreví a dormir, sentado primero, echado después sobre la cubierta, abrigadas las piernas con la manta, el revólver oculto bajo el brazo en que descansaba la cabeza. Ponía la otra mano en la culata del arma y dormía, dormía sueños atravesados de pesadillas, sueños que parecían cubrirme la cabeza con un velo a través del cual veía pasar sombras, luces, imágenes de color azul intenso, discos rojos que giraban. Despertaba asustado, aterido por el contacto con la cubierta. Empuñaba el revólver y miraba hacia la sombra, sin ver otra cosa que la sombra, en la que desaparecían las visiones de mis sueños..."

En Valparaíso, Rojas sufrió otra experiencia: en la cárcel. En "Antología autobiográfica", lo declara así, al referirse a "Hijo de ladrón": "El motín que se describe ocurrió en 1914 o principios de 1915, no recuerdo exactamente, y lo que ahí le sucede a Aniceto Hevia es exactamente lo que me ocurrió a mí, con la diferencia de que yo no enfermé: después de doce días de detención fui puesto en libertad".

Luego de la cárcel, otras experiencias: "hambre, amigos, amigos pobres, miserables, no tan miserables como él, sin embargo, pues siquiera tenían lo que él necesitaba: un cuarto en un conventillo, un colchón tan alto como una moneda, una frazada con agujeros, algo, en fin, en que el hombre, por paria que sea, pueda dormir o morir" (16). Y la cárcel, otras dos veces.

Con toda razón, en "Algo sobre mi experiencia literaria", el propio Rojas ha declarado: "A los veintidós años tenía una experiencia vital cuyo recuerdo me sorprende hoy al mirar a jóvenes

(16) ROJAS, Manuel, *Mejor que el vino*, Op. cit., pp. 795-796.

que tienen esa misma edad y que parecen no haber empezado a vivir. Conocía un mundo de individuos, había estado preso varias veces y atravesado a pie la cordillera y nadie podía venir a contarme algo que me sorprendiera".

## NACE UN ESCRITOR

En 1917, en las páginas de "Los Diez", la selecta revista del grupo artístico homónimo encabezado por Pedro Prado, apareció, firmado por Manuel Rojas, el soneto "Gusano". Muy antologado posteriormente, muestra la maestría poética que se advertiría luego en otras composiciones y refleja, sin duda, el sentimiento del novel escritor:

*"Lo mismo que un gusano que hilara su capullo  
hila en la rueca tuya tu sentir interior.*

*Teje serenamente, sin soberbia ni orgullo,  
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor."*

El mismo año, en París, la revista "Mercurio de América", dirigida por Ventura García Calderón, reprodujo su poema "Canción de otoño"; y la famosa antología "Selva lírica", preparada por Julio Molina y Agustín Araya, decía que Rojas "despunta como un poeta delicado y cuidadoso de la forma".

Dos años antes de dicha publicación, en 1915, Rojas había comenzado el aprendizaje del oficio de las letras en la vida misma, como acostumbraba: "En Chile, una división de los grupos obreros de tendencia extremista me enfrentó con las letras de molde: el grupo a que pertenecía decidí sacar un periódico en el que figuré como redactor. Al mismo tiempo, un diario anarquista de Buenos Aires, 'La Protesta', me nombró su corresponsal. No recuerdo qué correspondencias envié, pero sí recuerdo que tuve la mala ocurrencia de escribir y de publicar en mi periódico, 'La Batalla', que dirigía el carpintero catalán Moisés Pascual, un artículo que titulé 'Qué es el arte', que me valió la más encarnizada y larga de las discusiones que haya debido sostener en mi vida. En ese malhadado artículo, yo, militante anarquista, cometí la herejía de propugnar la teoría del arte por el arte. Un anarquista español, Teófilo



Arriba: El primer trabajo de Rojas en Valparaíso: cuidador de faluchos.  
Abajo: En 1919, Rojas ingresó como apuntador a la compañía teatral de Alejandro Flores.



Dúctil Pastor y Amado, conocido por el sobrenombre de Fiolín, deformación de Filín, diminutivo familiar español de Teófilo, pintor de carruajes, periodista y escritor después, me persiguió durante meses para discutir las ideas que expresaba en aquel engendro" (17).

Conoció entonces al poeta Domingo Gómez Rojas, a quien recordaría años después en la novela "Mejor que el vino". Bajo su estímulo, "empecé a escribir poesías y produje las peores que se hayan escrito en el hemisferio sur. Estaba de moda el modernismo con sus princesas, sus bohemios (recordemos que Gómez dedicó uno de sus poemas a Rojas, "bohemio argentino"), sus cielos color violeta y sus tardes grises, y yo, que no tenía cultura literaria de ninguna especie, que no tenía espíritu crítico, seguí la moda y hablé de las princesas con un desparpajo no igualado hasta ese momento" (18).

La carrera literaria no se inició sólo con poemas. Hubo también un cuento, cuyo tema fue proporcionado por la actitud de un anarquista a quien el bando contrario sindicaba de "soplón político", y que fue leído por el novel escritor en una velada literario-musical que celebró su grupo.

Y aunque, como él mismo ha dicho, Rojas empezó a escribir sin tener idea de lo que escribir significaba, lo hizo a conciencia, con dedicación. González Vera nos ha contado que permanecía horas dando forma al primer verso, hasta que agotaba la posibilidad de mejorarlo. Luego, mientras fumaba y fumaba, pulía y volvía a pulir el segundo. Lo mismo con el tercero y los siguientes. Un soneto le significaba tardes enteras de borronear y rayar papeles y papeles, que obtenía en la oficina del telégrafo (los formularios, gratuitos, no estaban impresos por el reverso...).

Incorporado al ambiente artístico, iba por las tardes a trabajar, como actor y consueña, con un pequeño grupo que representaba obras de Antonio Acevedo Hernández en teatrillos de barrio. Como ello no le proporcionara el sustento necesario, lo combinaba con la producción de poemas, que le daba todavía menos... Formó el grupo "Los siete", con González Vera y otros jóvenes escritores.

En 1919 consiguió ingresar como apuntador a la compañía

(17) Algo sobre mi experiencia literaria. Op. cit., pp. 12-13.

(18) Algo sobre mi experiencia literaria. Op. cit., p. 13.

teatral de Alejandro Flores, con la que hizo una gira hasta Chiloé, durante la cual tuvo "las más espantosas aventuras con dueños de hoteles y casas de pensión".

La gira despertó en él ambiciones de dramaturgo: "Los versos de un lírico italiano inspiraronle un drama, que titularía 'Daniel', sobre un poeta tísico que triunfa cuando se halla muy grave, es decir, cuando ningún triunfo sirve de nada. Lo dejó inconcluso. Al año siguiente, basado en 'La bofetada', de Rafael Maluenda, y con igual título, compuso un sainete que estrenó Enrique Barrenechea. No tuvo resonancia. Por esos años ver una pieza teatral era tan atrayente como ver llover en invierno" (19).

Por ese tiempo leyó mucho, especialmente el Antiguo Testamento (Eclesiastes, Job), Kempis y Schopenhauer. El pesimismo se adueñó de él, motivando algunos de sus poemas y determinándolo a crear, con algunos amigos, el grupo "Los cansados de la vida".

Al regresar de Chiloé a Santiago, entró a trabajar en la imprenta Numen, doblando pliegos de papel y aprendiendo el oficio de linotipista. En 1920, por razones políticas, la imprenta fue destruida y el joven Rojas, una vez más sin trabajo, volvió a enrolarse en una compañía teatral: "Yo no quería ser actor, pero podía ser apuntador, consueta, y ganar algo, mejor aún, podía viajar, ¿entiende?, viajar. Así como siempre tengo la sensación de que me falta algo, la tengo de que en alguna parte hay algo que vale la pena conocer: un río, una montaña, un lago, una costa solitaria, un sendero o un bosque. ¿Cómo renunciar a conocerlos si puedo llegar a ellos?" (20).

Partió en gira a Punta Arenas con la compañía de Casimiro Ros y Alejandro Flores. En "Antología autobiográfica" lo recordaría luego con detalles: "Nos habíamos ido a la entrada del verano (1921). No tuvimos mucho éxito ni tampoco nos despidieron a empujones, pero cuando la temporada terminó, los directores dijeron que no podrían pagarnos el pasaje. Hubo reclamos, protestas, discusiones, pero ¿qué hacer con una gente que dice: 'No tenemos plata'?"

Para poder regresar a Santiago, debió hacerse pasar por

(19) GONZALEZ V., José Santos, "Manuel Rojas", Op. cit., p. 177.

(20) ROJAS, Manuel, Mejor que el vino, Op. cit., p. 753.

tuberculoso, a fin de que la Beneficencia Pública le concediera un pasaje. Durante el viaje de vuelta, el barco fondeó en Corral, lo que Rojas aprovechó para visitar a su madre, que vivía en Valdivia con José Santos González Vera: "Le dejé dinero para que se fuera a Santiago, le regalé a mi compañero un suéter que alguien me había regalado a mí y me volví al barco".

En Santiago vivió con su madre en la calle Dardignac. Trabajó un tiempo como apuntador de la compañía de Arturo Mario en el teatro Unión Central, bajo la dirección de Arturo Bührlé. En Valparaíso, la compañía representó, sin mucho éxito, dos o tres sainetes del poeta y dramaturgo Carlos Barella.

Ese mismo año, 1921, la compañía programó una gira a Argentina y Uruguay. Rojas partió una vez más, dejando a su madre en Santiago. Varios meses de viajes y trabajos. Lo recordará después en "Mejor que el vino": "...la compañía se mueve por las orillas de la pampa, o la atraviesa, desde Mendoza a San Juan, desde San Juan a Córdoba, desde Córdoba a Rosario de Santa Fe, desde Rosario a Buenos Aires".

A su paso por Mendoza, volvió Rojas a ver a Miguel Lauretti, el tipógrafo y linotipista que le había prestado libros, años antes, cuando vivía en esa ciudad, abriéndole un mundo que ni siquiera sospechaba. Lauretti contribuye de nuevo a desarrollar el interés por las letras del escritor en potencia: "Cuando supo que me había convertido en poeta, se sorprendió e impresionó mucho. Pensaría, de seguro, que algo le debía a él, y pensaba bien. Habló con Antonio Ferrer, un periodista, a quien también yo conocía y que editaba entonces la revista 'Ideas y figuras' y me publicaron en ella todas las poesías que había escrito hasta ese momento. Fue mi primera presentación en volumen, si volumen puede llamarse un cuadernillo de dieciséis páginas. Llevó el título de 'Poéticas' y Lauretti escribió la pequeña nota que figura al principio" (21).

## EL COMIENZO DE LA FAMA

En enero de 1922, al volver de Montevideo a Buenos Aires, la compañía en que trabajaba terminó la gira y Manuel Rojas decidió

(21) Antología autobiográfica, Op. cit., p. 173.

quedarse en su ciudad natal.

La necesidad de sustento hizo que comenzara entonces su carrera, brillante, de prosista. El propio Rojas lo recuerda, emocionado: "Mientras buscaba trabajo, el diario 'La Montaña' abrió un concurso de cuentos con premios de trescientos, cien y cincuenta nacionales. El sueldo corriente de un empleado argentino, un profesor primario, por ejemplo, era por ese entonces de ciento veinte nacionales, y para mí, que no tenía ningún sueldo, aun el premio de cincuenta era atrayente. Debía presentarme a ese concurso, pero ¿qué escribir? Recordé lo que había vivido: de alguna parte de esa vida debería salir el cuento. Escribí 'Laguna', un amigo (Máximo Jeria) lo copió a máquina y envié el cuento al concurso. Poco tiempo después, aún sin trabajo, en un puesto de diarios vi un ejemplar de 'La Montaña', en que se anunciaban los resultados del concurso. Era necesario comprar ese diario, pero costaba diez centavos, y diez centavos era el único capital de que disponía. Si lo compraba, tendría que irme a pie hasta la casa en que vivía, distante como una legua; pero, para mí, que había andado, al atravesar la cordillera, cincuenta y dos kilómetros en un día, una legua no significaba nada. Compré el diario y me enteré de que había obtenido el segundo premio: cien nacionales. La legua resultó un paseo. Podía escribir cuentos" (22).

El camino estaba abierto. La vocación, trazada. Meses después, mientras trabajaba como linotipista en la imprenta La Patria degli Italiani, la revista "Caras y Caretas" abrió otro concurso. "Escribí 'El hombre de los ojos azules', lo mandé y obtuve el segundo premio: quinientos nacionales y una gran medalla de oro que más tarde se perdió en una casa de empeños de Santiago. (Por los días en que escribí ese cuento había leído los 'Bocetos californianos' de Bret Harte, y bajo su influjo bauticé a dos de mis personajes con nombres de individuos de ese libro: Kanaka Joe y Pedro el Francés. Mariano Latorre descubrió el hurto años después)" (23).

Entusiasmado, siguió escribiendo, esta vez sin concursos a la vista: "El cachorro", "Un espíritu inquieto" y, en 1924, de regreso en Chile, "El bonete maulino", basado en los relatos que su madre

(22) y (23) Algo sobre mi experiencia literaria. Op. cit., pp. 14-15

le contara cuando niño.

Rojas había llegado a Santiago con Dalila Barrios, actriz con la que conviviría hasta 1928. Dalila Barrios es Virginia de "Mejor que el vino"; y su enamoramiento de Aniceto-Manuel Rojas, está relatado ciñéndose estrictamente a la realidad, como el propio autor lo declaró luego en "Antología autobiográfica": "Al llegar de la Argentina tuve que vivir, casi necesariamente, con mi madre, quien, desde el comienzo, miró entre ojos a Dalila Barrios. Encontraba que aquella mujer, que había abandonado a su marido legítimo para irse a vivir conmigo, una mujer que amaba la ropa fina y que era artista de teatro, que se pintaba y que era independiente, no podía ser la mujer de su hijo. Al principio me sorprendí mucho de esto, pues mi madre era una mujer de criteriobastante amplio, pero luego me di cuenta de que no eran más que celos maternos. Después de un tiempo el ambiente se hizo bastante tenso y tal vez para evitar mayores molestias o quizá porque estuviese aburrída, Dalila empezó a salir en giras teatrales; yo me quedé en Santiago. El resultado fue el que aparece en el libro: ella se enamoró de otro hombre y yo me enamoré de otra mujer".

Mientras preparaba la edición de su primer libro de cuentos, Rojas trabajó de linotipista en la imprenta Cervantes, en "El Diario Ilustrado" y otros talleres.

1926 fue su gran año: editado por Nascimento, apareció "Hombres del Sur", volumen que contenía sus cuentos "Laguna", "Un espíritu inquieto", "El cachorro", "El bonete maulino" y "Leyendas de la Patagonia" (nuevo nombre de "El hombre de los ojos azules").

Fue un éxito: "Mi entrada oficial al mundo de las letras no me procuró sino elogios. Todo el mundo habló bien de mis cuentos y de mis poesías —excepto don Eliodoro Astorquiza, de quien no hice caso porque me pareció muy académico— y apenas sí hubo una objeción" (24).

Eran cuentos vigorosos, fluidos, sobrios, preocupados de la acción y sin mayores reflexiones. Se distinguían especialmente porque había vida en ellos.

Y para que hubiera más vida y más producción literaria, Ma-

(24) Algo sobre mi experiencia literaria, Op. cit., p. 15.

nuel Rojas prosiguió su movido camino.

Luego de publicar, también en 1926 y en Santiago, "El hombre de los ojos azules", la obra ganadora, en 1922, del concurso de "Caras y Caretas, una vez más el teatro." "En 1927, enamorado ya de María Baeza, aunque sin trabajo alguno en Santiago, me fui hacia el norte del país con un conjunto que representaría obras históricas, 'El fusilamiento de los Carrera', 'Manuel Rodríguez', etc. Siempre ignoré quién escribió esas obras... Otros actores y actrices eran Jorge Sallorenzo, Berta Quezada, Juan Pérez y su mujer, Dalila Barrios (la Virginia de la novela, ex mujer del actor cómico Evaristo Lillo) y otros, entre ellos el argentino Leopoldo Zaldívar y su mujer. Con buena o mala fortuna la compañía visitó casi todo o todo el norte: La Serena, Ovalle, Copiapó, Chañaral, Potrerillos, Taltal, Antofagasta, Calama, Chuquicamata, la oficina salitrera María Elena, Tocopilla, Iquique, Arica y Tacna. De esta última ciudad, que aún estaba bajo dominio chileno, volvimos a Antofagasta y ahí terminó la gira (con ella completé mi conocimiento del país...). Mientras esperábamos barco que nos llevara a Valparaíso llegó la compañía de dramas policiales de don Ramón Caralt; necesitaban un apuntador y fui contratado" (25).

Durante la gira, escribía a María Baeza Serrano, que luego sería su esposa, la carta aparece en "Mejor que el vino":

*"Mi amor:*

*Te escribo desde esta gris e indiferente ciudad de La Serena. Supongo que ya habrás regresado a Santiago y reanudado tu vida de siempre. Yo me encuentro aquí en gira teatral. Perdóname que no te dijera lo que pensaba hacer. Recordarás que la última tarde que estuvimos juntos te pregunté qué harías tú si yo me fuera de viaje por dos o tres meses. Me contestaste que me olvidarías inmediatamente. Con eso impediste que te lo dijera. Espero y confío en que no me olvidarás. Discúlpame y piensa que no podía hacer otra cosa. Llevaba un mes y medio sin trabajo y sin esperanzas de encontrarlo; el veraneo había concluido con gran parte de mis ahorros; me retiré del diario porque me aburrí. Ese trabajo a destajo de los diarios me irrita, y encontrar empleo es ahora tan difícil como encontrar trabajo, para mí, por lo menos.*

(25) Antología autobiográfica, Op. cit., p. 174.

*¿Qué hacer? No podía resignarme a quedar el mejor día sin un centavo y sin trabajo y acepté esta proposición, aun sintiéndolo mucho y pensando en ti al aceptarla. Desde aquí te recuerdo y te quiero, sintiendo que cada día me creces más en el corazón. Mucha parte de mi vida futura gira alrededor de tu cariño.*

*"María Luisa, no me olvides y quíereme. Perdóname que no haya sido franco contigo, pero el temor a perderte puede más que mis deseos de ser virtuoso. Sería capaz de jurar y perjurar con tal de que me quieras y no me olvides. Andaré por aquí dos o tres meses, lo necesario para dar tiempo al tiempo, y para que se normalice la situación.*

*"Comprendo que tendrás derecho para estar enojada y hablar mal de mí, pero perdóname y quíereme; piensa que lo he hecho obligado por las circunstancias, y en ningún caso por falta de cariño hacia ti.*

*"Escribeme a Copiapó, a Lista de Correo. Si me escribes, y creo que lo harás, no me hagas reproches. Me dolerán como no tienes idea. Trátame con dulzura y... recibe muchos cariños de tu ANICETO."*

Manuel Rojas estaba de verdad enamorado, y su relación con Dalila Barrios tocaba a su fin. Llegaba la hora del verdadero amor.

De vuelta a Santiago, mientras acrecentaba su relación con María Luisa, trabajó como linotipista en "La Nación" y como redactor libre de "Los Tiempos", escribiendo artículos que aparecían en la tercera página del diario y que firmaba con el seudónimo Pedro Norte.

Publicó entonces "Tonada del Transeúnte", poemario que incluía diecisiete composiciones:

*"Pero siempre bendigo  
la caricia bendita de este solícito amigo  
que ha vertido en mi -enferma y dolorida-  
un chorro perfumado con ansias y con vida..."*

Aunque en 1959, según el propio Rojas, la tirada de mil ejemplares que editara Nascimento en 1927 todavía no se había agotado, la obra, como han expresado varios críticos, alcanza excelencia poética. Fernando Alegría, en "Literatura chilena del siglo XX", la elogia: "El primer libro de poemas de Rojas —"Tonada del transeúnte"— es claro, ancho, soñador; en él canta al amor apa-

sionado y maduro, a la libertad, al goce de la vida; filósofa sobre los valores de la paz y del individualismo estoico. Uno de sus sonetos, "Gusano", ha quedado entre las muestras más puras de la poesía simbolista chilena" (26).

1928 trajo a Rojas una operación a la vesícula y el ofrecimiento de un trabajo en la Biblioteca Nacional, como bibliotecario tercero, hecho por su director, Eduardo Barrios. Simultáneamente, aceptó también el cargo de redactor de planta del diario "Los Tiempos". Ese mismo año se unió al grupo "Índice", de la Biblioteca, en el que participaban Eugenio González, Raúl Silva Castro, Mariano Picón Salas, Ricardo Latcham y Benjamín Subercaseaux.

La tranquilidad económica le permitió casarse con María Luisa, su gran amor. La boda se realizó en septiembre de 1928 y la pareja fue feliz, junto a tres hijos: María Eugenia, Patricio y Paz, hasta 1936, año en que ella murió.

Quien desee conocer las alternativas de esos años de matrimonio, los encontrará en "Mejor que el vino", capítulos 3 al 8 de la Tercera Parte. Basta cambiar el apellido Serrano, que por lo demás es el segundo de la María Luisa real, por el de Baeza, y el nombre de Aniceto por el de Manuel, para saber cómo se conocieron, cómo se enamoraron, cómo se casaron, qué significaron para ambos los hijos, con cuánto dolor recibió él su muerte. Son capítulos transidos de emoción: *"Tampoco me cuentes que ella, un día, te dijo que estaba embarazada, y que tú, que nunca habías tenido hijos y que querías tenerlos, recibiste la noticia como si te hubiese hecho un regalo o dado, de improviso, un beso en la boca, pero que, como no tenías experiencia alguna, no supiste claramente lo que eso significaba en tiempo, en cuidados, en inquietudes, en dolor, y te quedaste, al mismo tiempo que tranquilo, asustado, cada día más, tocándole a veces el vientre —¿se mueve?; sí, mucho—, y había allí, bajo tu mano, dentro del tibio y blanco y redondo e hinchado vientre, que tanto amabas, algo inquietante, sordo, invisible, moviéndose, revolviéndose, cada día con más fuerza y con más insistencia, sumergido en un mundo de obscuridad y de calientes y densos o claros líquidos, pugnando como la semilla en trance de brotar, hasta que una mañana te llamaron a tu oficina o a*

(26) Zig-Zag, Santiago, 1962, p. 32.

*el taller: "Véngase pronto; la señora está con muchos dolores", y te fuiste corriendo, sospechando tal vez que llegarías tarde, pero era temprano aún: debería pasar todo ese día y venir la noche, una noche de invierno, y tú no sabías qué hacer, ya que no podías hacer nada, y te paseabas por la casa y tomaste una escoba y barriste y luego te dio diarrea y las mujeres entraban y salían —la estufa, en el centro de la habitación, tenía una preciosa llama azul— y tú también entrabas y salías, sin soltar la escoba, y después te ibas al excusado —¿y por qué tengo que estar con diarrea?, ¿en dónde habré dejado la escoba?, ¿qué hora?, las cuatro, sí, las cuatro de la mañana—, y de pronto, como si alguien te hubiese llamado, entraste al dormitorio: había allí cuatro personas, tres mujeres y tú, y en el siguiente segundo había allí cinco personas: una voz desconocida, una voz nueva, de alguien que no había entrado antes en la pieza, resonaba en los oídos de todos: era tu hija, y abandonaste la escoba, te olvidaste de la diarrea y te acercaste a ella y rompiste en llanto: un par de ojos negros te miraban desde en medio de los pliegues de una sábana y parecía que te miraban desde la eternidad..."*

Fue un gran amor. También lo dijo María Luisa, profesora y poetisa, cuando, poco antes de morir, en 1935, publicó un poemario titulado "Canciones para ellos". Ellos: Manuel y sus tres hijos.

Hay tres momentos importantes en la vida de Manuel Rojas durante 1929: el nacimiento que acabamos de leer, la muerte de su madre, que, ya enferma, se había ido a vivir con él; y la publicación de su segundo libro de cuentos: "El Delincuente", editado por Imprenta Universitaria.

"El delincuente" contenía nueve cuentos: "El Delincuente", "El vaso de leche" —que desde entonces se convirtió en uno de los más antologados de la literatura chilena—, "Un mendigo", "El trampolín", "El colocolo" —también muy antologado—, "La aventura de Mr. Jaiva", "Pedro el pequenero", "Un ladrón y su mujer" y "La compañera de viaje".

El libro tuvo tanto éxito como "Hombres del sur", su predecesor. Más todavía: recibió los premios Marcial Martínez y Atenea. Las críticas positivas abundaron. Pero Rojas, perfeccionista, no estaba tranquilo. Buscaba algo más, en desacuerdo con el criollismo imperante. Quizá fuera lo que luego indicaría Fernando Alegria: trasladar la rica emoción viril y las sugerencias filosóficas

de "Tonada del transeúnte" a su obra narrativa. Pero para ello necesitaba una forma menos limitada que el cuento. Dicho de otra manera, desde su poesía, a través del cuento, Rojas crecía y avanzaba hacia la novela.

## EN BUSCA DE LA FORMA APROPIADA

Cuenta González Vera que uno de los primeros veraneos de la familia Rojas Baeza se hizo en La Obra, al comienzo del Cajón del Maipo, donde Manuel se entregaba a largos paseos solitarios por los cerros de los alrededores. Y si bien en los años siguientes buscó la soledad de las playas de Cahuil, la marca que hiciera en él el contacto con la cordillera cuando debió cruzarla para venir a Chile, no lo abandonaría nunca. Raúl Silva Castro recuerda que Rojas "fue amante de la cordillera, y en su condición de alpinista aficionado escaló no pocos cerros de los que coronan la ciudad de Santiago por el lado del Oriente" (27). En efecto, realizó innumerables excursiones, muchas de las cuales relató en la serie "Andando", del vespertino "Los Tiempos", bajo el seudónimo de Pedro Norte; y, más tarde, en "Las Últimas Noticias", "La Prensa" de Buenos Aires, "En Viaje" y otras publicaciones. El gusto por las montañas lo llevó a hacerse socio del Club Deportivo Nacional y luego del Club Andino de Chile; y su afición perduró hasta el fin de sus días: tenía más de sesenta años y todavía llegó hasta los faldeos de los montes Popocatepetl e Ixtacihuatl, en México, y recorrió, en excursión a pie, la costa central de Chile entre Quebrada Verde y Algarrobo, lo que relataría luego en "Pasé por México un día" y "A pie por Chile", respectivamente.

En 1930, apareció, publicado por Imprenta Universitaria, un pequeño volumen del Grupo Índice: "Acerca de la literatura chilena", de Manuel Rojas, y "Paradoja sobre las clases sociales en la literatura", de Raúl Silva Castro. El ensayo de Rojas es importante por su postura teórica renovadora, que sería plasmada más adelante en la obra misma del escritor.

Ese mismo año, la lectura de "El delator", del irlandés Liam

(27) Panorama de la novela chilena, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 197.

O'Flaherty, conmovió profundamente a Rojas: veía en esa obra la imagen de lo que debería ser su novela: el tratamiento del tiempo, la relación entre pensamiento y acción, el desprecio por los detalles, el mantenimiento de una tensión mental, la robustez de la prosa, el sentimiento de humanidad. Por eso, cuando al poco tiempo el diario "La Nación" llamó a un concurso de novelas, Rojas se puso a escribir de inmediato, aprovechando sus vivencias de Valparaíso.

*"Escribí la novela con una especie de encarnizamiento, muy rápidamente y con aprovechamiento de cuanto tiempo pequeño o largo tuve; pensaba, además, que si lo hacía así lograría mantener la tensión que deseaba. Por ese tiempo era empleado de la Biblioteca Nacional... Cuando el deseo de escribir era muy intenso me escondía en un almacén vacío y llenaba carillas y carillas... Terminé la novela, la envié al concurso y esperé" (28).*

El jurado debía discernir el premio en 1931, pero "La Nación", a causa de la caída del Presidente Ibáñez, fue clausurada. Hubo que esperar. Cuando el diario reabrió sus puertas, se supo que los ganadores eran Manuel Rojas y Magdalena Petit.

El flamante autor de "Lanchas en la bahía", la novela premiada, vio aparecer su libro cuando se hacía cargo de un nuevo puesto: director de las Prensas de la Universidad de Chile, recién creadas; cargo que desempeñaría durante veinticinco años.

La novela, con prólogo de Alone, apareció en 1932, editada por Letras; pero el propio Rojas debió hacerse cargo de su distribución por problemas de cobro de los derechos de autor.

"Lanchas en la bahía" está escrita en primera persona y estructurada en seis capítulos que relatan las peripecias de Eugenio Baeza. Si bien tuvo éxito de crítica inmediato, como sus cuentos anteriores, el público no le dio apoyo masivo: sólo años después la novela conquistó gran cantidad de lectores e incluso fue llevada a la televisión.

Alone, en su prólogo al libro, dio un primer y certero juicio: "Le hemos buscado insistentemente, malévolamente, la "juntura de la coraza" a esta pequeña novela de Manuel Rojas, tan abierta, al

(28) Antología autobiográfica, Op. cit., p. 54.



Arriba: "Lanchas en la bahía", su primer gran éxito, es casi autobiográfico.  
Abajo izquierda: Portada de "La ciudad de los Césares", dedicada a sus hijos.  
Abajo derecha: José Santos González Vera, gran amigo de Manuel Rojas.



parecer, y tan sin armadura. No se la descubrimos. Otro, un lector, aunque entusiasmado, nos dice: "Muy interesante, muy bien escrita... Le falta trascendencia". Cierto. Y esa constituye para nosotros una de sus más amables cualidades".

Junto a "Lanchas en la bahía", apareció, en el mismo volumen, "Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo", que, más adelante, ampliada, se convertiría en "Imágenes de infancia".

Es conveniente destacar que Alone, además de calar hondo en su prólogo indicando las bondades y defectos de dicha novela corta, indicó también algo que es sobremanera notorio, dada la vida que había llevado Manuel Rojas en su juventud: "...de toda esta combinación no ha resultado, como parecía lógico, ni un obrero más, huelguista y rebelde, luchador por las 'reivindicaciones del pueblo', ni un panfletista admirador de Gorki o un narrador turbio de historias truculentas, a base melodramática, con pretensiones ideológico-sociales. Nada de eso. Como para burlarse de los teorizantes literarios y dar un mentís a los psicólogos, la naturaleza ha hecho de Manuel Rojas, en primer lugar, un poeta de la más delicada, de la más exquisita sensibilidad y luego un autor de cuentos y novelas, donde la temura se apaga en ironía y la observación aguda, tranquila, se prolonga en imaginaciones llenas de gracia".

Dos años más tarde, un nuevo conjunto de cuentos viene a sumarse a la obra anterior: "Travesía", editado por Nascimento. Son nueve cuentos: "Bandidos en los caminos", "El hombre de la rosa", "La suerte de Cucho Vial", "Canto y baile", "El León y el Hombre", "El fantasma del patio", "Historia de hospital", "Poco sueldo" y "El rancho en la montaña".

Nuevo éxito. Hay vida en tales cuentos. Como en oportunidades anteriores, son historias oídas, situaciones vividas o ficciones muy reales. Sabemos que en "El fantasma del patio" está descrita, en forma humorística, la familia de María Luisa, su esposa; que "El cachorro" tiene como personaje a Máximo Jeria, su amigo; que "Laguna" era tal como aparece en el cuento, sólo que no murió, sino que llegó junto a Rojas a Santiago; que el protagonista de "El vaso de leche" era su amigo Nieves, apodado Negro Nieves; que "Oro en el Sur" fue vivido por el pintor Julio Ortiz de Zárate y su hermano Manuel, de quien Rojas escuchó la aventura; que "El

bonete maulino" es una historia que le fue relatada por su madre; etc.

Poco tiempo después, Mariano Latorre, analizando la obra cuentística de Rojas, expresaría lo siguiente: "Manuel Rojas resume, en mi concepto, en su personalidad multiforme, todas las tendencias del cuento chileno hasta la época actual. Anotaremos, desde luego, la maestría de la composición, la habilidad espontánea de la técnica. Nació cuentista, como otros nacen cantantes u oradores. Hombres y escenarios, sobre todo los primeros, se mueven en sus relatos con sorprendente realidad. En "Leyendas de la Patagonia" vemos al criollista, a la manera de Bret Harte y London, en que la aventura es el resorte principal; el campo del valle central, en "El bonete maulino", aguda visión de la doble personalidad del guaso en su adaptación al momento social en que actuó; la cordillera, en "El rancho en la montaña" y en "Laguna"; la costa, en "Lanchas en la bahía"; la ciudad, en algunos cuentos de arrabal de "El delincuente", y el cuento moderno, en "Un espíritu inquieto" (29).

En 1935, aumentó la familia de Manuel Rojas. Su amigo Máximo Jeria, el del cuento "El cachorro", dejó en Santiago a su mujer, Angela, y a sus cuatro hijos y se marchó a Honduras. Al poco tiempo, Angela enfermó y murió. Manuel y María Luisa se hicieron cargo de los niños. Por suerte vivían en una casa grande, en calle Central (hoy Doctor Johow, en Ñuñoa), pues los niños estuvieron varios meses con ellos, hasta que pudieron reunirse con su padre. Pagaba así la ayuda que le prestara Jeria en 1922, en Buenos Aires, cuando le copió a máquina el cuento "Laguna", que debía presentar al concurso de la revista "La Montaña".

Al año siguiente apareció "La ciudad de los Césares", novela escrita a pedido de Carlos Silva Vildósola para ser publicada en "El Mercurio" como folletín. No fue del agrado del exigente escritor: "La escribí a medida que se publicaba, lo que me impidió corregirla o rearmarla, a lo que se debe sin duda su irreparable mediocridad, y digo irreparable porque después procuré arreglarla y creo que quedó peor. Sin embargo, durante algunos años sirvió para el estudio de español en la Universidad de Stanton, California. Bien

(29) La literatura de Chile, Buenos Aires, 1941, pp. 152-153.

es cierto que el profesor que la publicó le hizo una vigorosa poda. Zig-Zag hizo después una segunda edición —la primera era de Editorial Ercilla—, dedicada ya francamente a los niños. No he sabido qué les parecerá a ellos" (30).

En relación a esta obra, es bueno recordar que la primera edición estaba dedicada a los hijos del escritor, todos menores de diez años: "A Genia, Patito y Pacita, este libro intrascendente". Y que su asunto —la famosa leyenda de una ciudad encantada en los Andes australes— fue tratado, a poco andar, por otras dos novelas chilenas: "Pacha Pulai", de Hugo Silva, aparecida en 1938; y "En la ciudad de los Césares", de Luis Enrique Délano, publicada en 1939.

El 23 de agosto de 1936 muere María Luisa Baeza, su esposa. Dolor. Lo dirá después, en la Tercera Parte de "Mejor que el Vino": "*Sabe que está vivo sobre la tierra y que su mujer está muerta, debajo de esa misma tierra... Y llora... La casa, más allá de esta pieza, está en silencio y sólo en la sala hay un reflejo luminoso; viene de la cocina, en donde Ester llorará sobre la sartén, las cacerolas y los platos sucios, y en donde llorará también Ana, la criada que su mujer tomó al nacer la última niña. Es una casa llena de llanto: la "patrona" ha muerto.*

"*Los niños duermen. La menor, al lado de su cama; los otros dos, en el dormitorio contiguo. No han hecho ninguna pregunta y no esperan ninguna respuesta. Nada tiene significación para ellos. El día que María Luisa murió, la niña mayor, sin darse cuenta de por qué lloraban todos, lloraba también, como si sospechase que era obligatorio llorar; los otros, un varón y una niña, estaban en el huerto, trepados en las ramas de un manzano*" (31).

La muerte de la esposa lo afectó también económicamente. A su doble trabajo como director de las Prensas de la Universidad de Chile y de la publicación de sus "Anales" y de articulista de "Las Últimas Noticias" (tres o cuatro artículos semanales), agregó su desempeño como corrector de traducciones en Editorial Ercilla.

El trabajo arduo no lo alejó de la actividad literaria. Fue designado Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile en 1936, y

(30) Algo sobre mi experiencia literaria, Op. cit., p. 15.

(31) Mejor que el vino, Op. cit., p. 843.

reelegido al año siguiente, mientras proseguía su vida intensa, como deseando acumular más y más experiencia para la creación de su obra posterior.

Aparecen otras mujeres en su vida. Nuevamente lo confiesa en "Mejor que el vino": *"Después de Cecilia, y durante este tiempo, ha conocido a muchas más mujeres que las que creyó nunca conocer. Antes las veía de lejos, ahora está entre ellas, como tantos otros hombres, y hace lo que hacen tantos otros hombres. Algunas de esas mujeres, y algunos de esos hombres, no conocen casi más que el tarro y casi lo prefieren. Otras, y otros, han tenido un gran amor y ya no lo tienen y quisieran tenerlo de nuevo, pero como no es fácil hallarlo y como, por otra parte, no se resignan, en tanto aparece el gran amor, a la abstinencia y a la soledad, aceptan y a veces buscan el pequeño amor, el rápido amor..."*. No importan los nombres; pueden ser la Flor o la Jimena de la novela.

En 1938, sin dejar su actividad normal, aceptó Rojas un puesto en el Hipódromo Chile, que le ocuparía las mañanas de los domingos y de los días festivos. Trabajaría allí durante dieciséis años.

El tiempo trajo canas a su cabello. En lo demás, era siempre el mismo: caminaba lentamente, pensaba mucho, conversaba poco, salía de excursión. Y publicaba.

Apareció "De la poesía a la revolución", su primera incursión en el ensayo publicado como libro, género en el que llegaría, al decir de Silva Castro, "a la excelencia". Este libro, editado por Ercilla en 1938, contiene artículos aparecidos anteriormente en "Atenea" y otros inéditos a esa fecha; y abarca varias líneas temáticas: estudio de escritores (Gorki, Horacio Quiroga, Alberto Edwards), observación del alcance político de las ideas de José Martí, expresión de su pensamiento frente a "La novela, el autor, el personaje y el lector" y análisis de la poesía chilena última en "Divagaciones alrededor de la poesía".

La producción literaria de Rojas decaerá de allí en adelante. Sólo una traducción del francés, en 1940 ("El defensor tiene la palabra", de Petre Bellú; 229 páginas editadas por Ercilla); un estudio sobre "José Joaquín Vallejo" (Sociedad de Escritores de Chile, 1942), y la edición, bajo el título de "El bonete maulino", de

sus ya famosos cuentos "Laguna", "El delincuente" y el que sirvió de nombre al nuevo libro, en 1943, editado por Cruz del Sur. Además, su participación activa en el grupo Babel, junto a Enrique Espinoza, José Santos González Vera, Ezequiel Martínez y otros.

*Entretanto, "me casé con Valeria López Edwards (1941) y la vida se me hizo más tranquila y más agradable, aunque era tan pobre como antes, aunque, por suerte, igualmente trabajador".*

Se produce un largo silencio. Hay búsquedas hacia algo definitivo. Toda la potencia creadora se encaminará hacia ese algo que se intuye, que se sueña.

*"Entre esos años, un poco antes o un poco después de cada uno de ellos, empecé a querer (no digo a pensar) escribir una novela. Si he de decir la verdad, no sabía exactamente lo que deseaba. Sólo pretendía aprovechar algunas experiencias propias y otras ajenas, describir seres y ambientes, expresar, como pudiera, los sentimientos o las reflexiones que todo ello podía producir. Conservo cuadernos en que hay apuntes o tentativas de agrupamientos de individuos o de hechos, movimientos. Todo se me presentaba, y de un modo confuso, como una enorme masa de materiales indiscriminados: allí había de todo y no todo se podía aprovechar y era necesario elegir lo esencial, especialmente lo que tuviese que ver, directa o indirectamente, con el desarrollo de una personalidad de un determinado ambiente. No todos los personajes habían existido al mismo tiempo, no; habían existido, o existían aún, en Buenos Aires o en Santiago, en Mendoza o en Rosario, en Valparaíso o en Punta Arenas o en otros pueblos o ciudades de Chile y de la Argentina; me escribían desde Concepción o desde Lima, y otros, que yo creía muertos, aparecían, desde el fondo de esa masa, más vivos, más hambrientos, más derrotados que nunca. Algunos estaban ya en cuentos míos, pero sin estilización, como personajes de segunda categoría, y era preciso estilizarlos; lo valían. Con los hechos ocurría igual cosa. Tampoco se habían desarrollado al mismo tiempo. Muchos habían ocurrido treinta años atrás y otros ayer no más. Por fin, después de algún tiempo, fui sacando de allí, como a tirones, algunos hechos y algunos personajes, tiempos separados por intervalos y tiempos que era necesario trabajar; en total, diecisiete o dieciocho años. Los personajes tuvieron que resucitar*

o morir, y los hechos, retroceder o avanzar. El que mandaba era yo, aunque no estaba muy seguro de lo que había que hacer. Llegó un momento en que me parecía que ya podía empezar y empecé. Trabajo empezado, a medias terminado, dice un refrán que me gusta mucho" (32).

## NACE UNA GRAN NOVELA

Rojas se dedicó por entero a su idea. Publicó dos tentativas iniciales en la revista "Babel": "Ensayo de la mañana" y "Muerte en otoño". No le gustaron. Siguió buscando. El tema se lo proporcionó la familia del español Aniceto Hevia, su mujer Carolina, tres muchachas —Carmen, Natalia y Sara— y un muchacho: Luis; vivían en la misma casa en que él vivió, en la calle Estados Unidos, en Buenos Aires, durante un tiempo de su niñez. Aniceto, apodado "El Gallego", era ladrón nocturno.

Y no sólo encontró un tema. Encontró también una manera de expresar ese tema: "...me di cuenta de que tenía la tendencia a examinar las cosas, los seres y los hechos de una manera diferente a como los examinaba antes, aunque antes no los examinaba; simplemente los describía, presentaba. Al mismo tiempo, advertí que los relacionaba entre sí, más que de un modo inteligente, de un modo emocional, no escapando a esa tendencia ni siquiera lo que de por sí parece no tener emoción; los muebles de una pieza, por ejemplo, o el sonido de la sirena de una fábrica. Todo ello daba la impresión de que, más que la descripción de los hechos, los seres y las cosas, me interesaba la sensación que producían".

Su vida gira en torno a esa creación. González Vera lo sintetiza hermosamente: "Lleva doscientas páginas. Al mes y medio de escribir y corregir, llega a Santiago con ciento cuarenta". Algo similar confiesa el propio Rojas: "Durante varios años trabajé, sin darme prisa, en esta novela. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehice e hice, armé y desarmé. Escribí en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Leng —en Isla Negra—, en

(32) Antología autobiográfica, Op. cit., pp. 75-76.

donde pude". La tarea no era fácil. El tratamiento exigía nuevos modos narrativos: monólogo interior, corriente de la conciencia, retrospectiva temporal, digresión. Y había, también, que trabajar cotidianamente para ganar el sustento.

La novela quedó terminada en 1950. Dos amigas —Carla Cordua y Frida Trumper— hicieron las copias, que fueron revisadas en El Quisco, en casa de Manuel Rojas, por él, mientras familiares y amigos anotaban sus correcciones.

Con el nombre de "Tiempo irremediable", fue presentada a un concurso de la Sociedad de Escritores.

Dos meses después se supo el resultado: no sólo no ganó —la novela triunfadora era "Infierno gris", de Joaquín Ortega—, sino que fue catalogada de "obra procaz y sólo el proyecto de una obra de ese género".

"Torestin", seudónimo con que Rojas había concursado (nombre tomado del de un hotelucho: "To rest in", de la novela "Canguro", de D.H. Lawrence), no quedó tranquilo. Retiró las copias, se fue a Vichuquén con su mujer y unos amigos, releó la novela, le hizo algunos cambios, la trajo a Santiago y Nascimento la aceptó, pidiendo sólo que le cambiara el nombre, pues era muy abstracto. Enrique Espinoza, uno de sus grandes amigos, insinuó que podría llamarse "Hijo de ladrón".

Apareció en 1951. La narrativa chilena comenzaba un nuevo camino.

Mucho se ha escrito sobre "Hijo de ladrón", desde que Alone, por defenderla frente al fallo absurdo de la Sociedad de Escritores que la relegó a segundo plano, fue incluso retado a duelo por Carlos Préndez Saldías, uno de los jurados. Abundan los comentarios, las críticas, las reseñas, los análisis, los estudios sobre esta novela, considerada por muchos como la más importante de nuestras letras. Y no sólo en Chile; también, en otros países ha sido objeto de crítica y estudio.

Entre tanto material, que todavía no para de engrosar, hay un trabajo que, a nuestro parecer, cala realmente hondo en los valores de "Hijo de ladrón": "Manuel Rojas: trascendentalismo en la novela chilena", de Fernando Alegría, incorporado a su libro "Literatura chilena del siglo XX" (33).

(33) Op. cit., pp. 205-232.

He aquí parte de él: "Algo sucede, sin embargo, y repentinamente guarda silencio. Sin contar "La ciudad de los Césares", novela de aventuras publicada en 1936, su primera obra de envergadura, después de "Lanchas en la bahía", no aparece sino en 1951: "Hijo de ladrón". En el transcurso de esos años Rojas se ha transformado: el industrioso discípulo de los criollistas es ahora un artista maduro, de alto vuelo, líder de nuevas generaciones que ambicionan crear la novela chilena moderna. Es importante hacer notar el hecho de que no hay otro novelista en su generación que comparta con él esa urgencia de proyectarse hacia un plano universal y de expresar, desde Chile, la angustia fundamental del mundo contemporáneo. Sus compañeros de generación —varios de ellos admirables en su restringido vuelo— se mueven en un plano estrictamente local y en circunstancias de escaso, aunque interesante, eco; pueden ser folklóricos, pueden ser políticos, pueden ser fantásticos, poéticos, filosóficos y humorísticos, pero no dejan de ser locales. Manuel Rojas está, pues, solo en un instante determinado. Pronto descubrirá él que junto a esa soledad ya existía un núcleo de novelistas jóvenes que, sin conocer su evolución y la culminación que se aproximaba, ensayaban en esos mismos años una tonalidad semejante intuyendo un común objetivo.

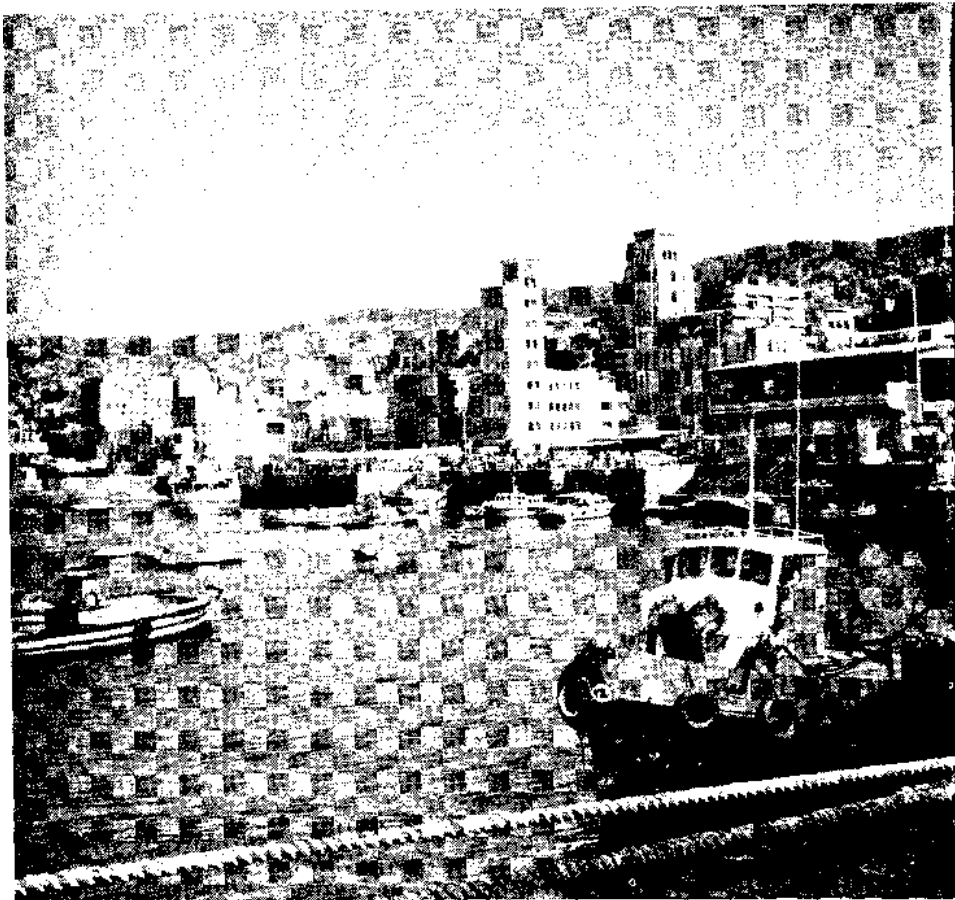
"Contada en primera persona —como "Lanchas en la bahía"—, "Hijo de ladrón", es decir, la historia de Aniceto Hevia, sigue la forma tradicional de la novela picaresca española: el héroe, un joven de diecisiete años, nos cuenta las aventuras y desventuras que le ocurren desde el día que sale de la cárcel, donde fue a parar acusado falsamente del robo de una joyería, hasta que encuentra a dos vagabundos, Cristián y el filósofo, con quienes emprende una nueva jornada en su vida.

"Cronológicamente medida, la acción presente de la novela no dura sino tres días: desde la mañana en que Aniceto abandona la cárcel, se encuentra con los vagabundos, trabaja con ellos en la playa, venden el metal que allí recogen, comen, pasan la noche en el conventillo, les invita la vecina a tomar desayuno en la mañana del segundo día, caminan hacia la playa y repiten la rutina, hasta el tercer día, en que el filósofo no trabaja y se dedica a preparar el viaje de los tres para la mañana siguiente. Hay otros días —"los

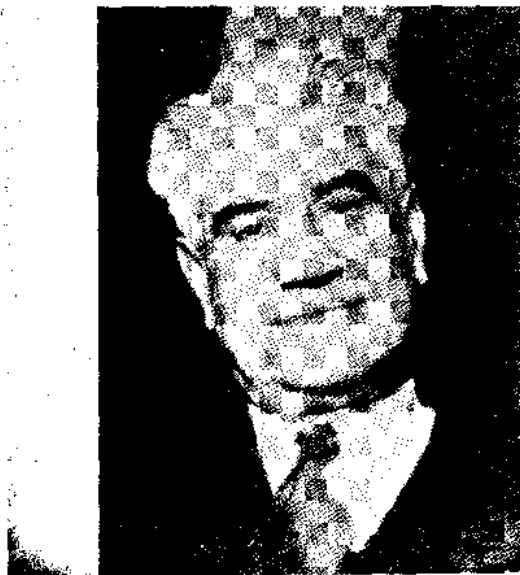
días transcurrieron, entre tanto, no muchos, pero transcurrieron" (pág. 317)— que constituyen un paréntesis en la acción, pero que, sin formar parte del relato, no la interrumpen. Esos tres días no ocupan más de la tercera parte del libro —alrededor de cien páginas—; lo demás, es decir, toda la masa episódica, está compuesta de flash-backs, algunos narrados en tiempo presente, otros en forma de evocación, en tiempo pasado. Los flash-backs nos informan de la infancia del héroe, de su familia —la madre asume una estatura excepcional, mientras que el padre es una sombra que se asoma y desaparece en claroscuros—, la muerte de la madre, la prisión del padre, El Gallego; el desbande de los hermanos, la primera salida de Aniceto con los trabajadores nómadas del campo —después de que le recogiera un cojo siniestro en Buenos Aires—, sus afanes en la cordillera, donde trabaja un breve tiempo cerca de Las Cuevas; su viaje a Chile, su involuntaria participación en una revuelta en Valparaíso y su ingreso a la cárcel, donde contrae una afección pulmonar. En la primera página vemos a Aniceto que acaba de ser puesto en libertad. No será sino en la página 245 —tercer capítulo de la Tercera Parte (el número 3 parece ejercer una fascinación cabalística en esta novela...)— que el autor resume esa página introductoria y la completa con el encuentro de Aniceto y los dos vagabundos que recogen metal en la playa.

"El conocedor de la obra de Rojas identifica inmediatamente en esta novela ciertos temas o motivos literarios que se han venido repitiendo desde los comienzos de su carrera novelística y en torno a los cuales vuela y revuela su imaginación obsesionada por la luz nostálgica que de ellos emana y por el intenso contenido de emoción de que se hallan cargados. Puede decirse que las narraciones de Rojas funcionan en torno a estos motivos, de ellos reciben el impulso que las llevará a un desenlace dramático o irónico o simplemente evocativo. Sin el propósito de simplificar su faena literaria, sino movido por el extraño proceso que implica este encadenamiento subconsciente y consciente de ciertos hechos, ciertas gentes y lugares en el mundo novelesco de Manuel Rojas, me atrevo a señalar los motivos que, sin mayor dificultad, se identifican de inmediato.

"Para mí su obra gira, planeando a grandes vuelos, en un



Aniceto Hevia, con Cristián y el filósofo, emprende una nueva jornada en Valparaíso.



Manuel Rojas o el trascendentalismo en la novela chilena.

transcurrir calmado y denso, en torno a una imagen que se repite constantemente, como en los sueños, siempre acompañada del mismo impacto emocional: es la imagen de un adolescente, el edificio de una cárcel, o acaso de un calabozo tan sólo, unas calles y unos cerros porteños, un muelle y un mar, algunos botes, ciertos pescadores y numerosos vagabundos y hambre; hambre de todo, de partir, de comunicarse, de ternura, de crecer en todas direcciones, de reconquistar el mundo de la infancia, hambre de vivir. Ese joven sufre, cae y se levanta; le asisten el hombre y la mujer-madre; no conoce aún el amor carnal; en cada ser que encuentra despierta al samaritano; pudiera ser él mismo un Cristo —ese Cristo que “Pedro el pequenero” no pudo reconocer sino en el trance de la muerte—; no lo dice ni lo sugiere, pero hay en su silencio y en las lágrimas que provoca a su alrededor una misteriosa indicación.

“Este es el joven que bebe aquel famoso “vaso de leche”; el mismo que buscaba la protección de Alejandro y el Rucio o de Cristián el filósofo; el mismo que cae a la cárcel después de una riña de prostíbulo o después de una revuelta; es el desamparado de “Un mendigo”, o el de las páginas finales de “Lanchas en la bahía” o de la inicial de “Hijo de ladrón”; el que evoca los barrios de Buenos Aires en las crónicas añadidas a su novela de 1932 y sale desde ellos a recorrer el mundo en su novela de 1951. Observando con cuidado, vemos que la impotencia de El Gallego en la prisión, la soledad espantosa del niño (algún parentesco puede haber entre este niño abandonado y aquel otro abandonado al infierno negro de las minas de carbón en el cuento de Baldomero Lillo “La compuerta N° 12”) y de la madre, también presos, surgen ya como un germen novelesco en “El ladrón y su mujer”.

“El mismo joven, la misma amargura, la misma hambre, la misma cárcel, el mismo ladrón, los mismos pacos, el mismo prostíbulo —símbolo de la miseria, la soledad y el despego fundamental de sí mismo en el narrador—, los mismos hombres escapados del engranaje social en búsqueda de una felicidad humilde que se esconde en el gozo de las cosas sencillas y en el amor puro y santo de los camaradas. Este mundo, hecho de una sola imagen básica y sostenido por un sentimiento de fraternidad entre los hombres libres y de amor esencial hacia la humanidad por encima de toda

corrupción y de toda injusticia, constituye el aporte medular de Manuel Rojas a la literatura chilena. Lo que sobra en su creación y que no guarda relación con este mundo —algunos huasos, algunas leyendas— es marginal y de significado transitorio. La verdadera obra de Rojas está constituida por una larga narración autobiográfica —algunos detalles de la cual se esbozan en sus colecciones de cuentos, especialmente en “El delincuente”—, cuyo primer volumen es “Lanchas en la bahía”, en que se describe la temprana adolescencia de Aniceto Hevia; el segundo es “Hijo de ladrón”, donde florece en su amplia amargura la juventud de Aniceto y se dan a conocer los detalles de su infancia; el tercero es “Mejor que el vino”, donde el héroe descubre el amor de la mujer-amante, y el cuarto es “Sombras contra el muro”, reiteración del tema juvenil.

“La forma de este ciclo de novelas es, como se ha dicho, la picaresca, forma en la cual Rojas introduce interesantes innovaciones que culminan en “Hijo de ladrón”. Como en toda novela picaresca tradicional, Rojas describe los diferentes oficios que desempeña el héroe —o antihéroe—, las lecciones de humanidad que en ellos aprende; retrata una imponente galería de personajes de todas las clases sociales, nos divierte con breves episodios humorísticos, nos acongoja con el recuerdo de las penurias, injusticias y miserias que deben soportar los parias; nos conmueve y nos rebela, evitando la prédica pero no la reflexión de carácter ético y filosófico; evade el romance y la idealización de lo sentimental, en cambio da énfasis al amor maternal y relieve dramático a la madre del héroe y a las mujeres que la simbolizan en su vida; en suma, no desdeña ninguno de los elementos básicos del género picaresco y le añade algunos que son, precisamente, los que distinguen a su novela desde un punto de vista literario y social. En “Hijo de ladrón”, a diferencia de la novela picaresca, no se interesa Rojas por extraer una lección moral de las vicisitudes que debe afrontar su héroe. Su héroe no es un instrumento ideológico que nos vaya a seducir con el pecado para después corregirnos con el horror de su caída y su condena, ni es un mojigato en busca de fácil, repentino y superficial arrepentimiento y salvación. En su picaresca la especulación se alza a un plano filosófico y, sin ofrecer menguadas escapatorias, plantea el

dilema del hombre como un conflicto entre la inconsciencia e irresponsabilidad individuales y la degradación total de la humanidad.

“Así como los hilos con que va tejiéndose el destino de Aniceto se cierran y desde el pasado van emergiendo una voz sin eco, un cuerpo desnudo, una visión a punto de iluminarse, así también explotan sordamente las preguntas trascendentales, el porqué y el cómo y el dónde, y sintiendo un impulso invencible de expresar su idea de la vida, Aniceto expresa la desesperanza, la amargura, su propia responsabilidad ante la desgracia colectiva, y descubre la unidad esencial del género humano en una concepción existencialista”.

Algo más adelante, Fernando Alegría agrega: “Manuel Rojas ni especula ni canta himnos libertarios. La vida, el tiempo, el hombre, la soledad del hombre, su desamparo y la ternura que de alguna parte brota, que rompe al hombre o a la mujer como una gruta donde bebe y se refresca el condenado, he ahí la materia de su reflexión constante, la materia que levanta desde la escona y flota para adquirir la forma santa del halo sobre cada sacrificio, a cada instante del día y de la noche.

“La cifra del destino moderno está como en la frente del paria. Estos vagabundos son chilenos o argentinos por la ropa que llevan, el mendrugo que comen y la palabra dura, afilada que les corta los labios. En el fondo, son el “roto” universal, es decir, el “hombre-roto” de la sociedad contemporánea, roto en la médula del espíritu, quebrado y trágico. Manuel Rojas le examina con ese desapegado mirar suyo, desde una altura fraternal, más allá del tiempo, y sin temer al artificio le fija en símbolos que, desde entonces, lleva a cuentas como identificación. “Era la avenida —dice— en que el compañero del hombre-cuchillo-mellado-pero-peligroso había herido al hombre-cuadrado-bueno-para-empujar-y-derribar”. De estas encadenaciones conceptuales a la mayúscula alegórica no hay sino un paso: Rojas lo da —como otros novelistas hispanoamericanos, Asturias, Mallea, Yáñez, Carpentier, todos objetivadores substanciales— cuando del hombre ambiciona extraer la esencia física y espiritual que lo define. El personaje va cargado de trascendentalismo, sin máscara, vivo aunque definido, cerrando a su alrededor con palabras y gestos la categoría de

eternidad que le pertenece. El hombre-herramienta, el hombre-cuchillo, el hombre de las alcantarillas, constituyen, para Rojas, la presencia de un mundo en crisis, al que revela en una deshumanizada anatomía del individuo que no mata su médula espiritual, sino que, por el contrario, la destaca y la desnuda hasta lo doloroso, revelándola en carne viva" (34).

Sin duda, "Hijo de ladrón" es, como ha dicho el propio Fernando Alegría en otra parte de su libro, "una admirable narración de técnica experimental y filosofía existencialista en que se ofrece —en forma de caleidoscopio— el mundo de los bajos fondos chilenos".

Y por ello, por su valor intrínseco y por haber abierto los horizontes de la narrativa chilena hacia metas trascendentes, esta novela ha sido traducida y editada en diferentes idiomas y países.

## EL CAMINO CONTINUA

En "Hijo de ladrón", Manuel Rojas se limitó a concretar lo que había venido predicando, en conversaciones, artículos y ensayos, desde hacía mucho tiempo.

Hasta en esto Rojas fue novedoso. Lo normal es que, después de publicada una obra, se teorice sobre ella. Pero él nunca siguió caminos trillados; en este caso, simplemente confirmó en la práctica toda su postura teórica sobre la literatura, anteriormente expresada.

En efecto, ya en 1938, en "De la poesía a la revolución", Rojas se preguntaba: "*¿Habrá que insistir en la pintura del campo y del campesino? ¿Qué proyecciones exteriores tiene una literatura basada en esos motivos? ¿O será mejor abandonar eso y buscar en otras partes nuevos temas? ¿Elegiremos, entonces, al hombre de la ciudad? ¿Al de las minas? ¿Al de las salitreras? ¿Será preciso abandonar nuestro estilo sudamericano (casero) y buscar en su renovación o en su aproximación a estilos novísimos el interés que, junto con nuestro color local, nos dé lo que necesitamos? ¿No será demasiado anticuada nuestra técnica?... Y, por fin, ¿tienen alguna importancia literaria nuestro paisaje, nuestro*

(34) Literatura chilena del siglo XX, Op. cit., pp. 208-214 y 216-217

*color, los hombres y los hábitos de nuestra tierra? ¿O ellos no nos deben servir más que como elementos simples de una obra independiente de ellos mismos, de una obra que valga, no por ellos, sino por lo que nosotros pongamos de nuestra parte, aunque lo por nosotros puesto no tenga que ver con ellos sino en lo general, no en lo particular, en lo individual? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Y seremos capaces de hacerlo?*

*"...Falta el autor, podría decirse, falta el artista, ya que lo que se puede contar oralmente no tiene autor ni creador. No hay ahí, en esas obras, en nuestras obras, un esfuerzo del pensamiento por crear algo que represente, de manera objetiva, lo subjetivo del creador; no hay el deseo o el impetu de volcar en la obra literaria lo que en nosotros no es solamente y exteriormente literario, es decir, lo que no sólo se refiere a la simple forma escrita: el deseo de permanencia a través del tiempo, la voluntad de dar a la obra literaria nuestra plasticidad interna, si es que alguna tenemos."*

No se limitó Rojas a plantear interrogantes o a señalar carencias; indicó también caminos, que luego él mismo concretaría definitivamente en "Hijo de ladrón" y seguiría cultivando en sus obras posteriores: "El novelista —expresa en el mismo ensayo recién citado— ha abandonado aquel camino de sol, de risas, de carreras, de juego y de guerra, propio de la epopeya, y descendido a otro, silencioso, como tapizado, por donde la vida interior transcurre como la sangre, sin ruidos, y donde la raíz del hombre se baña en oscuros líquidos y en extrañas mixturas. Cada día más los hechos exteriores son abandonados y olvidados en la novela; no tienen sino una importancia periférica, social; el hombre no vive en los hechos, mejor dicho, los hechos no son lo más importante en él: lo es lo que está antes o después, lo que los ha determinado o lo que de ellos se deriva. El novelista, así como todos los que estudian y describen al ser humano en un sentido psíquico, y así como aquellos que tienen que juzgarlo alguna vez, como los jueces, se ha percatado de que lo importante del hombre es ahora, y lo ha sido siempre, su vida psíquica".

Todo ello fue seguido, más tarde, por el propio Rojas, como muestra de consecuencia; y por los escritores de su generación y de las que vendrían, hasta hoy, iniciándose así la mayoría de edad de nuestra novela.

El éxito de "Hijo de ladrón" no cambió a Manuel Rojas: siguió siendo el hombre alto —"grandote", lo llamaba Marta Brunet; o, a veces, jugando con las palabras, "nuestro más grande escritor"—, ya canoso, sencillo, callado, impasible siempre. Sin embargo, a pesar de su cuasi mutismo, le gustaba divertirse y bailar. "Yo lo he visto bailar una noche a los postres de un banquete literario en la terraza del cerro San Cristóbal de Santiago, de Chile. Lo hizo de modo admirable, sin un paso de más ni de menos. La medida era una de sus constantes" (35).

Y siguió también haciendo excursiones y viajando, pues, como dijo uno de sus amigos, Héctor Fuenzalida, "Manuel necesita un periplo, necesita viajar y, específicamente, materialmente, andar, como Walt Whitman... Necesita andar porque así va funcionando su monólogo, porque así se va encontrando, caminando, caminando..." (36).

Por eso, una vez más, partió. Fue un viaje por mar, a fines de 1951, con su amigo Enrique Espinoza. Visitaron Colombia —conversando en Popayán con Sanín Cano—, Panamá, Miami, Cuba —donde fueron recibidos por Emilio Edwards Bello, hermano de Joaquín, que se desempeñaba como Embajador de Chile— y Puerto Rico. Nuevas experiencias, nuevos hombres. Rojas observa, siente y escribe "Adiós a La Habana". *"Algo para Puerto Rico". Ya habrá forma de publicar estas crónicas. Son la vida misma: "Y pasan cincuenta negros y cincuenta blancos y cincuenta mulatos y cada uno es, se viste y se mueve como le da la gana; los únicos que guardan uniformidad son los cincuenta chinos: son iguales; todos los negros y todos los mulatos son diferentes: esta cabeza de negro es de una redondez matemática; la de aquél parece un huevo acostado: la del de más allá, uno parado..."* (37).

(35) ESPINOZA, Enrique, Manuel Rojas, narrador, *Babel*, Buenos Aires, 1976, p. 52.

(36) "Manuel Rojas y sus amigos", *El Mercurio de Santiago*, 25 de enero de 1959, p. 2.

(37) "Adiós a La Habana", en *El árbol siempre verde*, Zig-Zag, Santiago, 1960, p. 88.

A su regreso, nuevamente silencio literario. El año anterior, antes de partir hacia el Caribe, había ingresado al Partido Socialista, donde, por supuesto, fue recibido con alegría, encomendándosele, de inmediato, la difusión cultural. Cuando iba a comenzar esta labor, el partido decidió apoyar la candidatura de Carlos Ibáñez a Presidente de la República. Rojas, hombre íntegro, no entiende de oportunismos y simplemente renuncia. Seguramente defraudado, se pone a trabajar de lleno en la continuación de su obra, pues al planear la creación de "Hijo de ladrón", había visualizado una tetralogía para entregar a Aniceto Hevia, su personaje.

El trabajo será largo: recién en 1958 aparecerá "Mejor que el vino", continuación de la serie comenzada con "Hijo de ladrón"

Mientras tanto, en 1954, Rojas aceptó la cátedra de Redacción y Estilo de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. El año anterior, cuando dicha escuela fue creada, Ernesto Montenegro, su director, le había ofrecido el cargo, pero el novelista no había querido aceptar. Ahora, como Hernán del Solar lo dejara, decidió tomarlo. Le sirvió bastante: "¿Cómo se llamaba esto, lo otro y lo de más allá? No lo sabía. Tuve que aprender, pues, y aprendí mucho, mucho más de lo que esperaba y bastante más de lo que aprendieron mis alumnos" (38). (No mantuvo la cátedra mucho tiempo, pues "me convencí de que no se puede enseñar lo que se ama sino a quien realmente lo ama también".)

Ese mismo año, Manuel Rojas publica "Deshecha rosa", aparecido tiempo antes en la revista *Babel*. Editado ahora por Universitaria, es un solo poema, entrañable, hermoso, humano. Dedicado a recordar a María Luisa, su ex mujer, fallecida, es un canto de dolor que aún no se resigna y que, rota la represión, grita incontestable.

Fuerte y tierno, el poema brota, sin duda, desde lo más hondo:

*"Ahora,  
desde el fondo de mi ser,  
desde donde el aire se transforma en sangre*

*.....  
tu recuerdo surge y me lame como una dulce llama,*

(38) Antología autobiográfica, *Op. cit.*, p. 162.

*como una dulce lengua,  
¡oh mujer mía!*

En 1955, junto con jubilar como director de los "Anales de la Universidad de Chile" y de sus demás empleos, Rojas publica, editadas por Universitaria, sus "Imágenes de infancia". Eran la ampliación de aquellas "Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo", aparecidas en las revistas Babel y Atenea N° 71, de enero de 1931; y luego, al año siguiente, junto a la primera edición de "Lanchas en la bahía".

Y un año después, editado por Zig-Zag, aparece "Chile: 5 navegantes y un astrónomo"; estudio y antología en que Rojas trata a John Byron, Gabriel Lafond du Lucy, Edmond Reuel Smith, Basil Hall y Günther Plüschow.

Manuel Rojas Sepúlveda, el niño pobre, el joven vagabundo, el escritor autodidacta y perfeccionista, recibe, en 1957, por decisión unánime del jurado, el Premio Nacional de Literatura, galardón que él mismo contribuyera a crear en los años de su presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile.

Además del aplauso general y de la invitación que le hace el Departamento de Estado para visitar Estados Unidos —viaje que le ocupa dos meses—, el escritor publica varios trabajos: "Chile, país vivido" (aparecido en "Autorretrato de Chile", de Nicomedes Guzmán; e incorporado más tarde a "El árbol siempre verde"); "Cuentos fantásticos de Alberto Edwards", selección de relatos breves de dicho escritor; "Costumbristas chilenos", estudio y selección de la obra de autores como Vallejo, Sarmiento, Barros Grez, Riquelme, Díaz Garcés y otros, realizado con la colaboración de Mary Canizzo; "Mariano Latorre: algunos de sus mejores cuentos", también estudio y selección; y "Antología de cuentos de Manuel Rojas", que contiene once de sus relatos.

Mientras transcurrían esos años, Rojas había seguido trabajando en la segunda novela de su tetralogía. Apareció en 1958, bajo el nombre de "Mejor que el vino" —tomado del "Cantar de los Cantares": "¡Bésame mi amado con los besos de su boca! Porque sus caricias son mejores que el vino"— dedicada a Valerie, su mujer.

Fue muy bien recibida. Obtuvo el Premio Mauricio Fabry, de la Cámara Chilena del Libro. Todo el mundo quiso leerla.

El propio Rojas ha analizado e historiado su novela, tan autobiográfica como toda su obra de ficción anterior. He aquí algunos párrafos del capítulo correspondiente de "Antología autobiográfica": *"Físicamente la novela está dividida, como se ha dicho, en cuatro partes, y tiene un total de treinta y ocho capítulos que narran en tercera persona, de diferente modo y en diversos tiempos, la vida de Aniceto Hevia desde los veinticinco hasta los cuarenta y tantos años, con breves regresos al pasado"... "Había tenido, como muchos otros hombres, una experiencia sexual y amorosa, agradable a veces, desagradable otras, y tenía, además, un carácter sexual y amoroso así. No se trataba, por supuesto, de que todo girara en torno de mis agrados o desagradados, no; junto a esa experiencia había algo más, no sólo personas y hechos sino ambientes y pensamientos propios y ajenos y me parecía valioso dejar constancia de todo. ¿Cómo empieza, se desarrolla y termina una experiencia sexual y amorosa? No todas son iguales ni todas fáciles, tampoco son todas difíciles ni todas desemejantes; muchas se parecen en los aspectos buenos y otras en los aspectos malos; muchas son logradas y no pocas frustradas"... "La novela, como insinuó alguien, cuyo nombre no recuerdo en este momento, está escrita en tercera persona por pudor. No es lo mismo contar que se ha estado preso o que se ha tenido hambre que contar una experiencia sexual, sobre todo cuando se quiere contarla con todas sus consecuencias."*

Si bien "Mejor que el vino" —que gira entre los símbolos del amor-tarro, sólo carnal, y el amor-espada, el verdadero amor— es una buena novela, no llega a la altura de la primera de su serie. Su técnica es similar a la de "Hijo de ladrón", pero hay en ella menos vigor y menos episodios —la historia de Virginia, el aprendizaje de pintor, el mundo de Flora Cedrón, la relación entre Horacio y Aída y el problema de Aniceto con Jimena—, a pesar de ello, aún es valioso el ritmo amplio, moroso, propio de gran narración.

Para Fernando Alegría, "Mejor que el vino" es una "extensa divagación sobre el lugar del hombre y de la mujer en la realización del amor. Volviendo, en cierto modo, al concepto de novelar de la picaresca, y en especial al del siglo XVIII, Manuel Rojas narra con el propósito de educarnos. "Mejor que el vino" es, en realidad, un largo sermón: a veces poético, a veces filosófico, a veces dramático, siempre sincero, aun en lo más recóndito de su retórica, y siempre

fascinante en el ímpetu de río con que avanza y nos envuelve en su corriente”.

## LA VIDA ERRANTE

Las últimas palabras de “Mejor que el vino” —“Estoy como empecé, sin nada, y el otoño está también en mí. Pero los picafloros suelen volver en otoño”— son símbolo del hombre insatisfecho, perfeccionista, siempre listo a recomenzar su tarea. Y profética también, pues para Manuel Rojas comenzaba otra etapa vital, que le proporcionaría nuevos amores, nuevas experiencias, nuevos desafíos, nuevos viajes e incluso largas permanencias en el extranjero.

En efecto, a raíz de su obtención del Premio Nacional de Literatura, viajó, en octubre, a los Estados Unidos, invitado por el Departamento de Estado. Fueron dos meses —noviembre y diciembre— de conocimiento del país. Y luego, a petición de la Universidad de Río Piedras, de Puerto Rico, llegó nuevamente a ese país a comienzos de 1958. Naturalmente, como siempre, Rojas observa, intuye, percibe, se adentra en hombres, en situaciones, en paisajes. Y mientras da conferencias, mientras es agasajado, escribe artículos y ensayos, que luego reunirá en volumen. Ahora es “Otra vez Puerto Rico”: “Y si yo, en 1952 y en 1958, he sentido y siento, en el aire, en las conversaciones, en los modales, un dejo de tristeza, es, de seguro, porque, fundamentalmente, como tal vez todos los pueblos y todos los hombres, Puerto Rico es triste, aunque en este momento quizá ya no tanto con aquella tristeza mezclada con decaimiento espiritual e impotencia, derrota e inutilidad; y si aún persiste algo de eso es porque no se puede hacer con el carácter de un pueblo lo que hoy puede hacerse con la sangre de un individuo: cambiársela por medio de una transfusión” (39).

Al regreso, en Caracas, dicta un cursillo sobre creación literaria. De él quedará “Apuntes sobre la expresión escrita”, editados por la Universidad Central de Venezuela en 1960.

El mismo año visita Buenos Aires, después de treinta y cuatro años de ausencia, reencontrando rostros, calles, recuerdos.

(39) En *El árbol siempre verde*. Op. cit., pp. 116-117.

En 1959, mientras Nascimento vuelve a publicar algunos de sus ya famosos relatos breves bajo el título de “El vaso de leche y sus mejores cuentos”, parte una vez más, ahora invitado por Federico García Lorca, para desempeñarse como profesor visitante en el Departamento de Idiomas del Middlebury College, Estado de Vermont, Estados Unidos. Allí ocurrió algo importante: tomó forma una nueva novela. El propio Rojas lo recuerda: “Debo decir algunas palabras sobre “Punta de rieles”. En 1927, mi amigo el dramaturgo Julio Asmussen me contó, en Antofagasta, el principio de la historia de Romilio Llanca. Y digo principio por decir algo: la verdad es que no supe sino la noche antes, mientras estaba de turno en el diario, un hombre que solicitó hablar con él le dijo que acababa de matar a su mujer. Agregó que quería que lo ayudara, pero que para ello debería contarle lo ocurrido. El motivo del asesinato era de carácter sexual.

“Todo esto y nada más supe....”

“Tomé apuntes de lo que pude y durante treinta y dos años viví acompañado de esos apuntes; me casé, tuve hijos, murió mi madre, enviudé, me volví a casar, viajé, me cambié muchas veces de casa y los apuntes estaban siempre ahí. A veces desaparecían un año u ocho años y después, de pronto, surgían de entre las hojas de un cuaderno o de un libro, los leía una y otra vez y cada vez que los leía me daba cuenta de lo difícil que sería desarrollarlos, dar vida y forma a esos fantasmas. Además, por mucho que pensara, nunca sacaría de ellos una novela larga. No daban más que para una corta, sesenta u ochenta páginas. Los volvía a guardar. La tinta se desvaneció y el papel se puso amarillo.”

“Cerca de veinte años después, durante un breve viaje, de una hora a lo sumo, un hombre me contó su vida. La vida de Fernando Larrain Sanfuentes. Tampoco hubo muchos detalles, sobre todo de su vida presente. No supe más que de su vida pasada y todo más o menos somero. Pero tanto en la vida de este hombre como en la vida del otro había algo que me gustaba; ese algo era la autenticidad.”

“Tomé notas de esta historia y esas notas me acompañaron también durante años... Con el tiempo los dos apuntes fueron unidos por un broche y guardados en cajones, entre libros o entre cuadernos. De vez en cuando aparecían...”

*"En Middlebury, paseando bajo los olmos de Eugenio O'Neill, se me presentó la solución: debería escribir paralelamente las dos historias, concediendo un capítulo a cada personaje. No importa que no tengan nada que ver entre sí, ni las historias ni los personajes. Pero, me repliqué enseguida, eso mismo hizo Faulkner en 'Palmeras salvajes'. Por muy modesto que yo sea no quiero aparecer imitándolo tan burdamente. ¿Qué dirían los agudos críticos de Chile? A los pocos días se me apareció la solución: Fernando Larrain Sanfuentes debe ser quien escucha la confesión de Llanca. Mientras la escucha, recuerda, en un plano subliminar, su propia vida. Era una buena solución y comencé a trabajar de inmediato: había esperado bastante." (40).*

La novela apareció en Santiago, editada por Zig-Zag, al año siguiente, fechada en Estados Unidos y Buenos Aires, pues allí fue terminada en 1960. Gran éxito de venta. Muy leída y comentada.

Una vez más, Fernando Alegría fue el mejor crítico de esta nueva novela, dedicada a "Mauricio Weinstein y Daniel Schweitzer, en testimonio de amistad": "El mensaje de 'Punta de rieles' es característico del autor. En oposición a lo que ha dicho la crítica al juzgar un poco apresuradamente esta novela, pienso que ella en nada desdice la filosofía humanitaria de otras obras de Manuel Rojas. El lenguaje, procaz hasta la exageración, y ciertos episodios de un realismo brutal, pueden inducir a error y hacernos pensar que la novela encierra una amarga condenación de la sociedad chilena contemporánea. En realidad, bajo la frase soez y, más aun, detrás de la perdición y del vicio que revelan los personajes, se esconde la certeza de que el hombre nunca cae tan bajo que no pueda ser alcanzado por la mano redentora de otro hombre, ni llegar a perder del todo la fe en sí mismo por muy siniestra y cruel que sea su diaria renuncia. Hay, entonces, una esperanza que se levanta poco a poco y dificultosamente entre el basural de estas dos vidas".

Mientras escribía esta novela de ritmo acelerado y disposición contrapuntística, Rojas pasó un tiempo en Chile, de regreso de Vermont y preparándose para salir a Buenos Aires.

Dio aquí otra sorpresa: sus antiguos anhelos de dramaturgo,

(40) "Algo sobre mi experiencia literaria", Op. cit., pp. 30-31.

apenas esbozados en los años de su trabajo en compañías teatrales, se concretaron en "Población Esperanza", obra escrita en colaboración con Isidora Aguirre y estrenada por el grupo teatral de la Universidad de Concepción (1959).

Hay en ella, al igual que en sus novelas, el mundo amargo del desposeído: un grupo de familias se apropian de un terreno ajeno y levantan en él sus precarias viviendas, encarando las consecuencias legales y sociales del hecho. "En la obra —ha expresado Isidora Aguirre— quisimos dar un testimonio de esas pequeñas vidas oscuras que se desarrollan en las poblaciones callampas, y el conflicto basado en la lucha de un ladrón por librarse de su condición demuestra que el medio mismo en que viven les impide salvarse por sí solos" (41).

En 1960, junto con publicar "Punta de rieles", Rojas editó también, en Zig-Zag, "El árbol siempre verde", reunión de diez ensayos sobre literatura —propia y ajena— y países visitados. Algunos, como "Chile, país vivido", "Algo para Puerto Rico" o "adiós a la Habana", eran recientes, aunque no inéditos, como el primero mencionado; otros, como "Acerca de la literatura chilena" u "Horacio Quiroga", habían aparecido muchos años antes en la revista Babel e incluso en forma de libro. Todos, en todo caso, mantienen hasta hoy su vigencia y la riqueza de un lenguaje narrativo riquísimo.

1961 lo vio publicar "Alberto Blest Gana, sus mejores páginas", libro —editado por Ercilla— en que estudia, sintetiza y antologa cada una de las obras del padre de la novela chilena.

Casi simultáneamente, Zig-Zag editó, en Santiago, "Obras completas de Manuel Rojas", por supuesto incompletas, aunque contenían una buena selección de sus poemas, de sus cuentos de sus ensayos y todas sus novelas, excepto "La ciudad de los Césares", novela corta.

Y mientras esto sucedía, Rojas partía a los Estados Unidos, solo —el amor había muerto—, a trabajar en la Universidad de Washington, del estado homónimo, en Seattle. Dejaba, sí, preparada la edición de "Antología autobiográfica de Manuel Rojas", libro importante para conocer la génesis y la realidad de siete de

(41) En DURAN-CERDA, Julio, "El teatro chileno de nuestros días", prólogo a Teatro chileno, Aguilar, México, 1970, p. 35.

sus obras, que editaría Ercilla en 1962.

Estuvo en Seattle cerca de un año y luego dictó otro curso en la Universidad de California, en Los Angeles, sobre el tema "literatura hispanoamericana".

Y el 1º de agosto de 1962, acompañado de su alumna Julienne Clark Boone, de Seattle, entra a México, se casa con ella en Ciudad Juárez y recorren el país hasta el 9 de mayo de 1963, dando conferencias, observando, viviendo. Aparece en televisión. Lo visita su hija mayor. La Universidad Autónoma de México le encarga un "Manual de literatura chilena", que se publica con ese mismo nombre en 1964. Mientras lo prepara, la misma universidad le publica algunos poemas: "Esencias del país chileno" (1963) y luego una selección de cuentos y su diario de viaje: "Cuentos del Sur y Diario de México" (1963) (Entretanto en Buenos Aires aparecía "El hombre de la rosa", nueva antología de sus cuentos.)

Concluidos los felices días de México, Rojas y su mujer vuelven a los Estados Unidos. Trabaja en la Universidad de Oregón, prosiguiendo ahora la labor iniciada con "Hijo de ladrón". La tercera novela sobre la vida de Aniceto Hevia es "Sombras contra el muro", dedicada a sus amigos González Vera y Espinoza, y editada en Santiago, cuando Rojas regresa, en 1964.

No es fácil girar en torno a un mismo asunto y mantener el mismo elevado nivel en forma permanente. El período de la vida de Aniceto Hevia ahora tratado —intermedio entre los de "Hijo de ladrón" y "Mejor que el vino"— no deja de presentar interés, pero el tratamiento, por desgaste natural, decae. Como expresa Fernando Alegría, recordando lo dicho por Alone en el prólogo a "Lanchas en la bahía", a esta obra "se le van ya las costuras".

Ese año aparece en Santiago una versión perfeccionada del manual literario publicado en México: "Historia breve de la literatura chilena", que provoca ácidos comentarios entre los escritores mencionados y no mencionados, aunque contiene apreciaciones personales valiosas.

1965 lo ve partir una vez más, mientras en Santiago Zig-Zag le publica "Pasé por México un día", extenso diario del viaje por aquel país. Va ahora a Cuba para integrar el jurado de novela de la Casa

de las Américas. Y desde allí, ya en 1966, invitado a visitar Unión Soviética, donde se había hecho una edición conjunta de "Hijo de ladrón" y "Mejor que el vino" —100.000 ejemplares—, partió a Europa, deteniéndose en España, Portugal, Francia, Rusia, Inglaterra y Checoslovaquia. Es internacionalmente conocido: sus obras se han traducido a más de diez idiomas. Y a su regreso, comienza a trabajar en la última obra de su tetralogía: "La oscura vida radiante".

Al año siguiente, 1967, Rojas asiste a un Congreso de Escritores en México y visita nuevamente Cuba. Y en Chile, edita una recopilación seleccionada de sus artículos periodísticos —más un par de inéditos— en relación con sus correrías cordilleranas y playeras. "A pie por Chile", de Editora Santiago, es un libro sencillo y espontáneo, debido a uno de sus amores: "Nunca, en ninguna parte, he experimentado la paz y la alegría y la fuerza y la resistencia que sentí en aquellas excursiones, y si alguna vez estuve muy cansado, con frío y con hambre, perdido en la nieve y la oscuridad, temeroso ya de la muerte, eso no hizo más que acrecentar mi pasión por la soledad y el aire y el agua y el silencio de nuestras queridas montañas" (42).

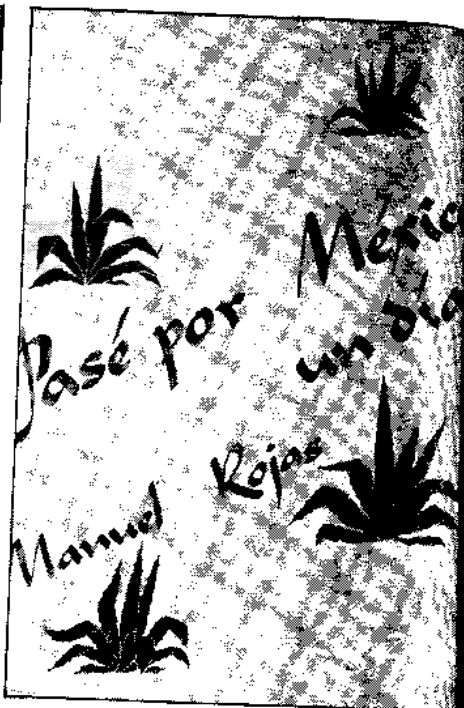
En 1968, Editorial Universitaria publicó una nueva antología de sus cuentos, bajo el título "El bonete maulino y otros cuentos". Y en julio, Rojas presidió una conferencia sudamericana de intelectuales sobre la situación de los judíos soviéticos que se realizó en Santiago. Asistieron figuras importantes: Jorge Luis Borges, Carlos Vicuña Fuentes, José Revueltas, González Vera y otros. Se concluyó pidiendo a Unión Soviética que concediera a los judíos iguales libertades culturales que a otros sectores discriminados.

Terminada la conferencia, Israel invitó a visitar el país a un escritor chileno. Elegido, Rojas partió el 14 de enero de 1969, acompañado de Julienne, su mujer.

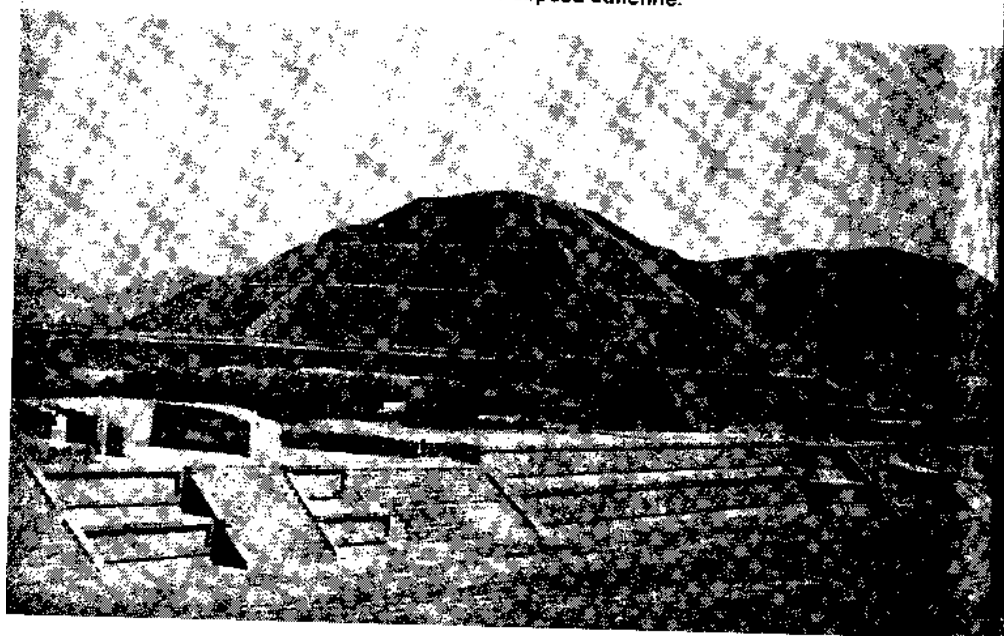
Una vez más, la visita de nueve intensos días se convierte en una publicación, mezcla de ensayo y crónica de viaje: "Viaje al país de los profetas", publicada ese mismo año en Buenos Aires. Es un

---

(42) Prólogo a "A pie por Chile", Editora Santiago, Santiago, 1967, p. 6



Arriba: Aparecen los relatos de sus excursiones.  
Abajo: Viaja por México con su esposa Julienne.



libro objetivo, que no se deja arrastrar por sentimentalismos ni aun en sitios evocadores, como Belén: "... aquí está el lugar donde nació el Niño, eso dicen, pero, a mí por lo menos, me dan ganas de llorar: un hoyo en el muro en un lugar desoldado y frío. No. Todo parece falso, de una falsedad comercial que aterra, la explotación del Tiempo Perfecto, un tiempo que ni deseo ni espero" (43).

Ese mismo año, Zig-Zag lanza la segunda edición, en dos volúmenes ahora y bajo el nombre "Obras escogidas de Manuel Rojas", de la selección hecha en 1961. Agrega, por supuesto, obras posteriores a esa fecha: "Sombras contra el muro" y "Pasé por México un día".

## EL TIEMPO SE TERMINA

En 1970, con casi tres cuartos de siglo vividos intensamente, Rojas es como un viejo roble. Sabe que ya no puede vivir muchos años. Tal vez por eso, el día que entierran al padre Alfonso Escudero, da familiarmente un golpe al ataúd, como despedida, y dice: "Chao, viejo, luego nos encontramos".

Ese año no publica, pero continúa trabajando en la última parte de su tetralogía.

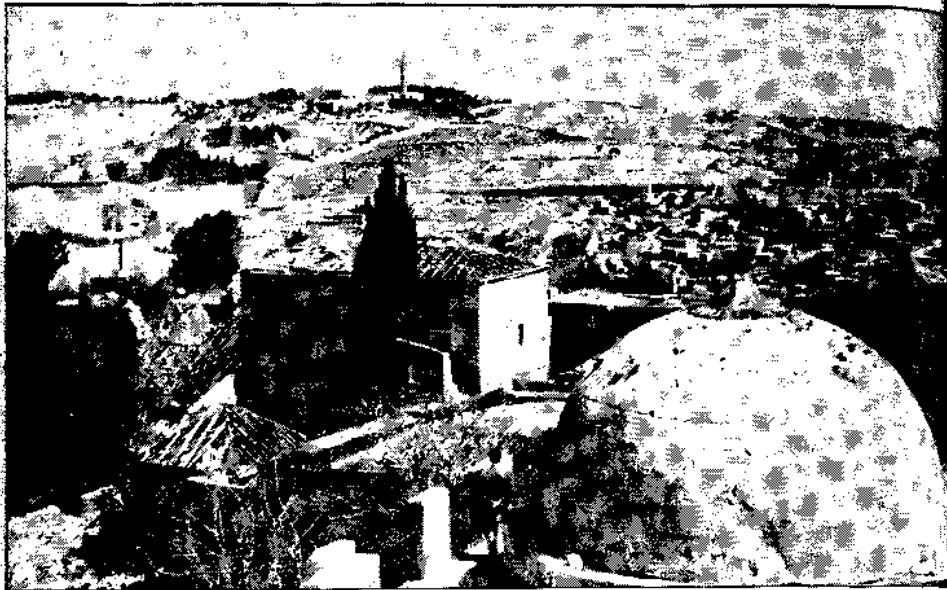
Se separa de su mujer. El amor, a pesar de los años, ha tomado una vez más otros rumbos.

Al año siguiente, cuando Aguilar edita su "Obra completa", aparece, en Buenos Aires, su última novela: "La oscura vida radiante", publicada por Editorial Sudamericana. Es un relato extenso, casi el doble que "Hijo de ladrón", y su nombre deriva de la musa de José Martí: "es la oscura/ vida radiante/ ¡y a mis ojos los antros/ son nidos de ángeles!".

Aniceto es ahora un hombre experimentado, que viaja al norte, como apuntador de una compañía teatral en la época de la cesantía del salitre y luego trabaja en Santiago en una imprenta, relacionándose allí con los sucesos políticos de la época. Sigue solo e indefenso: "... nadie lleva una cabalgadura igual a la del otro, todas son diferentes y cada uno lo siente y lo sabe..."

No es fácil mantener una obsesión veinte años. En otras manos, el resultado habría fracasado. A pesar de ello, Rojas logra

(43) Ediciones Zlotoporo, Buenos Aires, 1969, p. 72.



En 1969, Rojas emprende su "Viaje al país de los profetas".

algo, pero, sin duda, como dijo el crítico Ignacio Valente, "esta continuación, no obstante su volumen y su mayor retórica —y quizá por ello mismo— está por debajo de la sobria y densa narración que hiciera de Manuel Rojas nuestro primer novelista" (44).

1971 lo ve todavía presidir la Sociedad Amigos de González Vera, su entrañable amigo. Volvería a rendirle un póstumo homenaje a comienzos de 1973, al inaugurar su busto, esculpido por Laura Rodig, en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Y mientras veía editarse y difundirse discos con letras de canciones y fragmentos en prosa escritos para ser cantados o escuchaba sus cuentos radioteatralizados; mientras gozaba del justo reconocimiento público por su larga trayectoria de excelente escritor; mientras seguía viviendo intensamente y preparaba, como lo ha recordado su amigo Enrique Espinoza, su nuevo matrimonio, el cáncer, que venía minando su poderoso organismo, lo llevó a la muerte el 11 de marzo de 1973.

(44) "Manuel Rojas: "La oscura vida radiante", El Mercurio, Santiago, 26 de marzo de 1972, p. 5.

## LA OBRA DE MANUEL ROJAS

- POETICAS (Poemas), Ed. Ideas y Figuras (Año I, Nº 3), Mendoza, 1921.
- EL HOMBRE DE LOS OJOS AZULES (Cuento), Lectura Selecta, Santiago, 1926.
- HOMBRES DEL SUR (Cuentos), Nascimento, Santiago, 1926.
- TONADA DEL TRANSEUNTE (Poemas), Nascimento, Santiago, 1927.
- EL DELINCUENTE (Cuentos), Sociedad Chilena de Ediciones, Santiago, 1929.
- ACERCA DE LA LITERATURA CHILENA (Ensayo), Imprenta Universitaria, Santiago, 1930. Publicado en el mismo volumen con "Paradoja sobre las clases sociales en la literatura", de Raúl Silva Castro.
- LANCHAS EN LA BAHIA (Novela corta), Empresa Letras, Santiago, 1932. El mismo volumen contiene, además, también de Manuel Rojas, "Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo".
- TRAVESIA (Cuentos), Nascimento, Santiago, 1934.
- LA CIUDAD DE LOS CESARES (Novela corta), Ercilla, Santiago, 1936.
- DE LA POESIA A LA REVOLUCION (Ensayos), Ercilla, Santiago, 1938.
- EL DEFENSOR TIENE LA PALABRA, de Petre Bellú (Traducción), Ercilla, Santiago, 1940.
- JOSE JOAQUIN VALLEJO (Estudio y antología), Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, 1942.
- EL BONETE MAULINO (Cuentos), Cruz del Sur, Santiago, 1942.
- HIJO DE LADRON (Novela), Nascimento, Santiago, 1951.
- DESHECHA ROSA (Poema), Editorial Universitaria, Santiago, 1954.
- IMAGENES DE INFANCIA (Memorias), Editorial Universitaria, Santiago, 1955.
- CHILE: 5 VAGABUNDOS Y 1 ASTRONOMO (Estudio y antología), Zig-Zag, Santiago, 1956.
- CUENTOS FANTASTICOS DE ALBERTO EDWARDS (Estudio y antología), Zig-Zag, Santiago, 1957.

LOS COSTUMBRISTAS CHILENOS (Estudio y antología), Zig-Zag, Santiago, 1957. En colaboración con Mary Canizzo.  
MARIANOLATORRE: ALGUNOS DE SUS MEJORES CUENTOS (Estudio y antología), Zig-Zag, Santiago, 1957.  
ANTOLOGIA DE CUENTOS DE MANUEL ROJAS (Cuentos), Zig-Zag, Santiago, 1957.  
MEJOR QUE EL VINO (Novela), Zig-Zag, Santiago, 1958.  
POBLACION ESPERANZA (Drama). Santiago, 1959. En colaboración con Isidora Aguirre.  
EL VASO DE LECHE Y SUS MEJORES CUENTOS (Cuentos), Nascimento, Santiago, 1959.  
PUNTA DE RIELES (Novela), Zig-Zag, Santiago, 1960.  
APUNTES SOBRE LA EXPRESION ESCRITA (Ensayo), Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1960.  
EL ARBOL SIEMPRE VERDE (Ensayos y crónicas de viaje), Zig-Zag, Santiago, 1960.  
ALBERTO BLEST GANA, SUS MEJORES PAGINAS (Estudio y antología), Ercilla, Santiago, 1961.  
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL ROJAS (Ensayos, poemas, cuentos, memorias, novelas cortas y novelas), Zig-Zag, Santiago, 1961.  
ANTOLOGIA AUTOBIOGRAFICA DE MANUEL ROJAS (Ensayo y antología), Ercilla, Santiago, 1962.  
ESENCIAS DEL PAIS CHILENO (Poemas), Universidad Autónoma, México, 1963.  
CUENTOS DEL SUR Y DIARIO DE MEXICO (Cuentos y crónica de viaje), Ediciones Era S.A., México, 1963.  
EL HOMBRE DE LA ROSA (Cuentos), Losada, Buenos Aires, 1963.  
MANUAL DE LITERATURA CHILENA (Historia y crítica literarias), Universidad Autónoma, México, 1964.  
SOMBRA CONTRA EL MURO (Novela), Zig-Zag, Santiago, 1964.  
HISTORIA BREVE DE LA LITERATURA CHILENA (Historia y crítica literarias), Zig-Zag, Santiago, 1964.  
PASE POR MEXICO UN DIA (Crónica de viaje), Zig-Zag, Santiago, 1965.  
A PIE POR CHILE (Crónica de viaje), Editora Santiago, Santiago, 1967.

EL BONETE MAULINO Y OTROS CUENTOS (Cuentos), Editorial Universitaria, Santiago, 1968.  
VIAJE AL PAIS DE LOS PROFETAS (Crónica de viaje y ensayo), Zlotopiro, Buenos Aires, 1969.  
OBRAS ESCOGIDAS DE MANUEL ROJAS (Ensayos, poemas, cuentos, novelas cortas, novelas, memorias y crónicas de viaje), Zig-Zag, Santiago, 1969, 2 volúmenes.  
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL ROJAS (Ensayos, poemas, cuentos, novelas cortas, novelas, memorias y crónicas de viaje), Aguilar, Madrid-Buenos Aires, 1971.  
LA OSCURA VIDA RADIANTE (Novela), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971.

----- 0 -----

Hay que agregar, naturalmente, que se han hecho muchas reediciones de casi todas estas obras. Y que algún día deberá recogerse el enorme material de artículos, disperso en revistas y diarios chilenos y extranjeros.

FIN

## BIBLIOGRAFIA

No abundan los estudios sobre la vida de Manuel Rojas. Y los que analizan su obra están repartidos en publicaciones diversas, muchas de ellas en la prensa. Por tal razón, para conocer la vida del escritor conviene remitirse a su propia obra, a menudo autobiográfica, especialmente "Imágenes de infancia", "Algo sobre mi experiencia literaria", "Antología autobiográfica", "Pasé por México un día" y "A pie por Chile".

Entre los libros que comentan la obra de Rojas, pueden citarse los siguientes; con indicación del capítulo correspondiente:

ALEGRIA, Fernando, "Manuel Rojas: trascendentalismo en la novela chilena", **Literatura chilena del siglo XX**, Zig-Zag, Santiago, 1962, pp. 205-232.

GOIC, Cedomil, "Hijo de ladrón", **La novela chilena**, Ed. Universitaria, Santiago, 1968, pp. 124-143 y 204-208.

GONZALEZ VERA, José Santos, "Manuel Rojas", **Algunos**, Nascimento, Santiago, 1959, pp. 175-205.

MONTES, Hugo, y ORLANDI, Julio, **Historia y antología de la literatura chilena**, Ed. del Pacífico, Santiago, 6ª ed. 1963, pp. 261-265.

SILVA CASTRO, Raúl, "Manuel Rojas", **Panorama de la novela chilena**, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, pp. 196-203.

SILVA CASTRO, Raúl, **Panorama literario de Chile**, Ed. Universitaria, Santiago, 1961, pp. 102, 291-294, 378-380 y 462-465.

En otro aspecto, pueden ser útiles los recuerdos emotivos que hace sobre Manuel Rojas su amigo Enrique Espinoza en **Manuel Rojas, Narrador**, Babel, Buenos Aires, 1976.

La lista completa de escritores que se publica en esta colección de Biografías Literarias (18 libros) comprende a 30 autores.

Setecientos años de literatura en la vida y obra de los siguientes poetas, novelistas y autores teatrales:

1288?	Juan Ruiz, Arcipreste de Hita
1440	Jorge Manrique
1501	Garcilaso de la Vega
1527	Fray Luis de León
1533	Alonso de Ercilla
1547	Miguel de Cervantes
1549	Garcilaso de la Vega (El Inca)
1561	Luis de Góngora y Argote
1562	Lope de Vega
1564	William Shakespeare
1571	Tirso de Molina
1600	Pedro Calderón de la Barca
1601	Alonso de Ovalle
1749	J. W. Goethe
1799	Honorato de Balzac
1817	José Zorrilla
1821	Fedor Dostoievski
1830	Alberto Blest Gana
1836	Gustavo Adolfo Bécquer
1864	Miguel de Unamuno
1867	Rubén Darío
1874	Manuel Machado
1875	Antonio Machado
1881	Juan Ramón Jiménez
1889	Gabriela Mistral
1893	Vicente Huidobro
1898	Federico García Lorca
1904	Pablo Neruda
1910	Oscar Castro
1914	Nicanor Parra